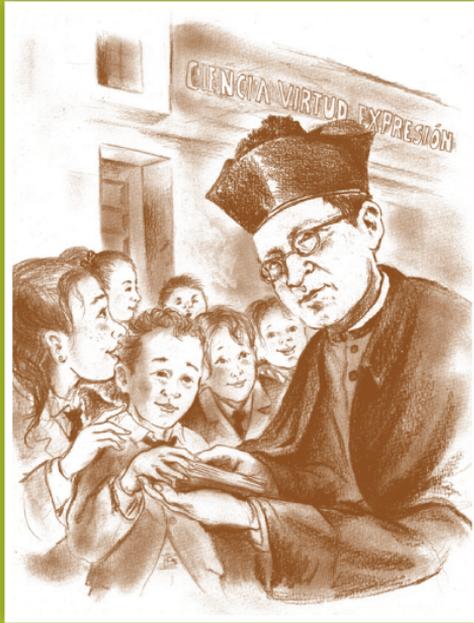




**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



El Educador, el Maestro

Venerable Padre Julio María Matovelle

COLECCIÓN
DE BOLSILLO

10

**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



El Educador, el Maestro

Venerable Padre Julio María Matovelle

– 2019 –

Matovelle: El Educador, el Maestro

Venerable Padre Julio María Matovelle

Primera edición 2019

Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-8735-3-8

© Derechos Reservados

Congregación de Misioneros Oblatos de los Corazones Santísimos

Esta obra se publicó con motivo de los 135 años de presencia oblata en el mundo y de los 90 años de la muerte del Venerable Padre Julio María Matovelle, siendo Superior General el Rvmo. P. Ernesto León Díaz. O.CC.SS.

Ilustraciones:

David Rosero Enríquez

Impresión:

Gráficas Iberia - Quito

Tel.: 25 21 529

ediberia@gmail.com

INTRODUCCIÓN

El ascetismo perfecciona las dotes morales del hombre, y como éste es ser intelectual, claro está que su perfección ha de venir del orden moral.¹

P. Matovelle

José Julio María Matovelle Maldonado es un hombre con un carisma realmente sorprendente. Sus alcances van más allá de la misma religión. Quizá para algunas personas, su recuerdo se remite al hecho de que fue un sacerdote y para otras, el que en determinado momento histórico ejerció la política. Sin embargo, quedarnos en estos aspectos empobrece lo paradigmático de este cuencano que vivió apasionadamente su conocimiento y su fe, a la vez que trabajó por transmitirlos en todo lo que realizaba.

¹ Matovelle, José Julio, Obras Completas, Tomo I, Volumen I, pág. 8

La transmisión del conocimiento y de la fe, que necesariamente incluye la coherencia de vida es una labor que muy pocas personas logran realizar eficaz y eficientemente, pues, los caprichos se apoderan de los intereses egoístas del ser humano y con el paso del tiempo se va perdiendo la necesidad de “enseñar, de formar, de guiar y de educar a las nuevas generaciones en la ciencia y en la virtud”. Actualmente existen buenos profesionales de la pedagogía y de la educación, pero muy pocos pedagogos, educadores, maestros, formadores y profesores de vocación; que transmitan su experiencia cognitiva y trascendente con el corazón.

El padre Matovelle se caracterizó por transmitir en sus escritos, en sus disertaciones, en la cátedra, en sus publicaciones, en sus oraciones y en sus discursos, lo que conocía intelectualmente y lo que conocía trascendentalmente. Realmente fue un maestro porque logró hacer una síntesis entre razón y fe, ejerciendo una autoridad científica y moral en los espacios en los que enseñó, exhortó, educó y guió. Es un hombre emblemático y digno de ser referente para quienes hoy en día trabajan en colegios, universidades y centros de enseñanza.

El presente texto sirve para develar un poco más la personalidad de este hombre que tenía autoridad moral y que por su radicalidad de vida, se puede catalogar hoy sin ningún temor como pedagogo, profesor, educador, formador y maestro. Lo cognitivo no se transmite sin trascendencia y ésta no puede darse sin la lógica de la razón humana. Esto es lo que nos dejó claro el Venerable P. Matovelle.

Usted., estimado lector tendrá la ocasión de aproximarse a esta faceta del Venerable Padre Matovelle a través del texto que tiene en sus manos, mientras abrigamos la esperanza que la lectura realizada sea fecunda para el alma e inspiradora de grandes ideales en la mente y el corazón de quien desea dejar huella en este mundo a la escucha silenciosa y alegre de: “La educación es aquello que hace que ninguna criatura nos pueda igualar, ni en agilidad, ni en fuerza, ni en viveza”. (P. Matovelle)

Rvdo P. Leonel Recalde. o.cc.ss.

Rector del Liceo Matovelle y CEO de Sol en Los Andes.

CAPÍTULO I

- Profesor en la Universidad*
- Sus valiosos Textos de Economía, Ciencias Políticas y Derecho Público Eclesiástico para los Alumnos*
- Su Metodología y Pedagogía*

“En Matovelle las palabras no eran voces sin sentido, como muchos jóvenes que dicen como loros cosas hermosas que olvidan minutos, segundos quizá después de haberlas dicho. En Matovelle la palabra era idea y la idea era literatura, la filosofía, la ciencia, su vida toda”

Remigio Crespo Toral.

M a tovelle el “Sol de la Juventud”, “el Sol en los Andes”, brillante desde su época juvenil en el campo del conocimiento, no dudó ni un solo instante en perfeccionar sus conocimientos literarios y filosóficos, y por esta razón se engolfó en el estudio, porque lo consideró el camino para conquistar la virtud, entendida como un proceso de humanización. Le llegan a ser familiares los clásicos griegos, latinos, españoles, italianos, y franceses, lee la historia de Cantú, que era el delirio de los grandes talentos de su época, le entusiasma la obra colosal de los bolandistas, con fino instinto, que de nadie aprende, halla sabor liberal en Vogue, Montalembert y aun Lacordaire; nada tiene que tachar en el Conde Mun y en Luis Velullot, le fastidia el sensualismo anglosajón de Bentham, el racionalismo francés de Fillangleri, desecha a Burlomaqui, Becharia y otros ídolos de entonces, profundiza la filosofía cristiana; bebe la verdad en la fuente del Evangelio según el espíritu de la Iglesia; defiende con nervio y galanura la doctrina católica y se alza como jefe de una nueva cruzada.

El 1877 se había dado ya cuenta desde la cátedra de la importancia de lo que hoy llamamos Acción Católica. El 19 de octubre de este año escribe: “*Es obligación es-*

tricta de los seglares organizar una falange auxiliadora del sacerdocio, para hacer llegar al corazón incrédulo y corrompido del mundo la acción del sacerdocio”.

En el colegio y en la universidad los profesores de Matovelle fueron personajes eminentes en ciencia y virtud: Miguel y Justo León, el Dr. Luis Cordero, el Dr. Mariano Cueva, los jesuitas Miguel Franco y Teódulo Vargas, entre otros. Estos hombres dentro del catolicismo eran de Doctrinas encontradas y Matovelle, para no permanecer entre los indefinidos tuvo que abrirse camino propio en la oración y el estudio y el consejo. Entre los consejeros el que mayor influencia ejerció en su vida pública, fue seguramente el padre Franco, a quien más tarde veremos pasar un año entero en Azogues junto a Matovelle cuando dicha Parroquia corría a cargo de este. Matovelle entendió que para ser buen maestro tenía primero que ser buen discípulo y por eso disponía la mente y el corazón para formar no solo su mente sino fundamentalmente su alma.

Con la caída de Borrero, Matovelle perdió la cátedra de profesor de filosofía, pero como en ese entonces el seminario estaba vinculado a la Universidad, en razón del derecho Canónico y la Teología, el obispo

Estévez de Toral le confió las cátedras de Economía Política, Ciencia Constitucional, Estadística y también el profesorado de derecho Público Eclesiástico.

A Matovelle no le satisfacían los textos vigentes, pues eran incompletos, infestados de las ideas regalistas y liberales, y por esta razón, dio a sus alumnos dictados producto de su investigación y que hoy forman tres valiosos libros en que se expone con claridad sus ideas sobre las ramas del saber antes mencionadas.

Matovelle como educador y maestro, había comprendido a través de su experiencia docente e investigativa que, *“el profesor no debía llenar la cabeza de sus alumnos con un cúmulo de conocimientos de que poco a poco apenas quedase el recuerdo; su deber- decía -, es el de sembrar en el alma pocos y bien escogidos principios de la ciencia, que trata de enseñar a imitación de la naturaleza, que una pequeña semilla encierra la virtud germinativa de árbol corpulento. El alumno ha de recibir pocas verdades, pero fundamentales, que le servirán de base para encumbrarse a las alturas de la filosofía y la ciencia”*.

Su método pedagógico era muy sencillo, explicaba y luego discutía. Sus dictados eran cortos es decir

esenciales, pero había que aprenderlos de memoria precisamente por su importancia y sobre la memoria decía: *“quizá antes se abusó bastante de ella, y quizá también porque antes las ideas eran fijas y ahora cambian hasta con el mismo profesor de un día para otro. Merece la pena aprender de memoria la verdad que ha de durar toda la vida, pero no aprender de memoria la mentira que se disipara mañana con otra mentira”*.

Matovelle era muy delicado con sus discípulos, pero exigía de ellos la misma delicadeza entre sí y para con él, cualquier agravio por pequeño que fuese le disgustaba mucho, por norma educativa hacía ver a sus alumnos que lo sentía de veras, a fin de cultivar en ellos el respeto a la autoridad escolar, a la vez que el propio pundonor y la consideración para los demás, las cuales máxime, por su propia experiencia, sabía el insigne educador que no permiten fácilmente al hombre desviarse del camino rectilíneo en los azarosos días de la juventud.

Sus alumnos llegaban a estimarlo mucho y se preocupaban por portarse de tal modo que no alterasen al maestro. Con este modo de proceder, las clases eran de

gran fruto por el mutuo esfuerzo y mutua comprensión de los alumnos y maestro, éste por enseñar, aquéllos por aprender. Frente a lo anterior Matovelle sentenció: *“La caridad conoce por instinto normas pedagógicas que están fuera del alcance de los sabios, porque no nacen de la ciencia, sino que son frutos de la virtud”*.

Recorramos ahora ligeramente sus enseñanzas:

En economía política sostiene que no se puede separar la ciencia de la moral, que el salario no puede regirse por solo la oferta y la demanda, porque el hombre es ser humano y no simple mercancía, que las riquezas son sólo medio para que la sociedad cumpla su fin. Cuando se decían estas verdades, El Papa León XIII, que más tarde las propugnó, ni siquiera había subido aún al trono Pontificio, mientras Matovelle movido por el Espíritu del cielo, se adelantaba al tiempo y a las vicisitudes del siglo.

En ciencias políticas se gloria de pertenecer a la escuela de los ultramontanos, al parecer intransigentes y terroristas, epítetos estos del vocabulario liberal.

Los católicos, aunque se les llame ultramontanos, deben hacer profesión no solo privada sino también publi-



*M*atovelle el “Sol de la Juventud”, el “Sol en los Andes”, llamado así por el Presidente García Moreno, cultivó no sólo su espíritu sino su intelecto con el rigor del sabio y con la humildad del santo. Aquí lo observamos en medio de libros contemplando con sus ojos altivos el futuro.



ca de los dogmas de la Iglesia y admitir como verdades políticas las que están de acuerdo con estos dogmas y como errores las que no lo están. Los católicos cobardes, los que no tienen el valor de un mártir ni la osadía de un héroe, tienen miedo de la profesión pura y simple de la verdad, no quieren irse contra las preocupaciones de la época, por no merecer el dictado de ultramontanos y clericales que les propinan a los adversarios, hacen transacción inicua entre los errores modernos y sus creencias, y militan entonces en esa escuela cobarde e indefinible que se llama liberalismo católico. Con esto Matovelle hace notar que su pensamiento y su carácter obedecía a las más profundas convicciones que no podían ser negociadas jamás, lo cual sugiere la constatación de Matovelle como el educador y el maestro que tenía claras las ideas, cernidas las verdades y por tanto definidas sus posiciones.

Las Decisiones de la Iglesia son leyes para el Estado. Si las leyes del Estado van contra la Iglesia no obligan. A los Apóstoles se les mandó enseñar a todas las gentes, por lo mismo, el magisterio, corresponde por derecho divino a la Iglesia y el Estado es solo auxiliar.

No podemos despreciar la política ni apartarnos de ella como de algo ruin. La política no es invención de los

sabios, sino normas de conducta dadas por Dios a los Pueblos. Cualquier error político produce irreparables e incalculables trastornos, porque provienen siempre de la negación de un dogma católico, según enérgica y fina observación de Donoso Cortes. La Iglesia al enseñar el origen, dignidad y destino del hombre, propaga las verdaderas ideas de igualdad, libertad y fraternidad.

La política es deudora al cristianismo de su actual grandeza, la Biblia es la creadora de la libertad civil, de que tanto se jactan los pueblos, por Jesucristo la esclavitud ha desaparecido del mundo; la famosa Carta Magna Inglesa fue la obra de un pueblo en ese entonces sinceramente católico. Antes que en el siglo XVIII el protestante Grocio escribiera su Tratado sobre la guerra y la paz, los publicistas católicos, Vitoria y Suárez, entre otros., habían sentado las bases del derecho internacional. Cuando los hombres se apartan de Dios surge la tiranía, y en América, se ha visto que los más violentos tiranos han sido impíos, discípulos de Voltaire en Francia y Rosas en la Argentina.

El fin de la sociedad política es el orden externo informado por los principios de la moralidad y dirigido al bien de los asociados, y a cumplir este fin viene la ley que,

según Santo Tomas, es la ordenación racional promulgada para el bien común por aquél que tiene el cuidado de la comunidad.

Dios es el único Soberano, tiene derechos, pero no deberes. El Estado debe velar por la honra de Dios, por el cumplimiento de sus santos preceptos. No puede ponerse una barrera entre el derecho y la moral. La soberanía es un deber, una carga, un beneficio para el súbdito. Es un don del cielo, que no se paga, porque no tiene precio, el sueldo que recibe el magistrado no es el precio de pago de la soberanía sino un auxilio para que reponga sus fatigas y trabajos físicos. Los empleos públicos deben servirse con abnegación y sacrificio. La venalidad de los empleados es un delito parecido a la simonía de ciertos maliciosos sacerdotes. Las Naciones deben velar por la felicidad de sus súbditos y guardar buena armonía entre sí y la Iglesia.

La fuerza regeneradora de las naciones se salva, se salva en la familia, que es el origen primitivo de la sociedad. El municipio es el primer paso fundamental de las naciones, debe gozar de plena libertad de los asuntos propios que le conciernen. Como maestro, Matovelle enseñaba ya la necesidad de la descentralización administrativa.

Debe establecerse la descentralización administrativa hasta donde lo permitan la moralidad y la cultura de un pueblo; pero la experiencia demuestra que en los pueblos hispano-americanos no ha dado buenos frutos el sistema federal.

Hay que procurar que en el Estado tengan representación todas las clases sociales. Las Cámaras Legislativas no deben ser permanentes. El ejecutivo debe ser ejercido por una sola persona para que sea firme, fiel, uniforme, constante y fuerte, una asamblea es un poder anónimo, en lo judicial los jueces deben ser inamovibles mientras observen buena conducta; no es conveniente la publicidad absoluta de las causas criminales, porque forma escuelas de corrupción y escándalos, que estimula la audacia de los abogados y la maldad de los delincuentes para hacer burla de la ley. La institución del jurado es perniciosa.

La Constitución es la ley del soberano. En los estados católicos debe haber un artículo sobre la religión. El derecho electoral debe limitarse solo a los ciudadanos que gozan de cierta independencia. La mejor Constitución de un pueblo no es precisamente la mejor teoría, sino la que se adapta a su historia, costumbres y tradiciones.

Las cuestiones políticas son muy graves, y hay que procurar examinarlas con cuidado despojándonos de toda pasión.

Los Enciclopedistas tenían horror a la forma escolástica y decían que la enseñanza debía hacerse en estilo oratorio, porque es más fácil difundir errores conmoviendo que convenciendo. Para el liberal católico son dogmas indiscutibles las libertades de pensamiento, de prensa, de asociación y otras; pero estas libertades no son absolutas, tiene por limite la moral, el orden político, no son libertades para el mal, sino para el bien, son las libertades cristianas las que dignifican al hombre, no las libertades de perdición, que humillan al hombre y lo convierten en un pobre esclavo del error y del vicio.

No admite Matovelle la soberanía del pueblo en la forma mitigada de Suárez, como que Dios la transmite a la multitud y esta a los magistrados. Para Matovelle la soberanía se transmite directamente de Dios a la autoridad, por lo mismo en los gobiernos monárquico-hereditarios es un derecho no sólo del príncipe sino de la familia. Cuando Suárez habla del pueblo, no entiende la multitud sino la nación, y así como puede decirse inteligencia reside en el hombre, aunque solo resida en una

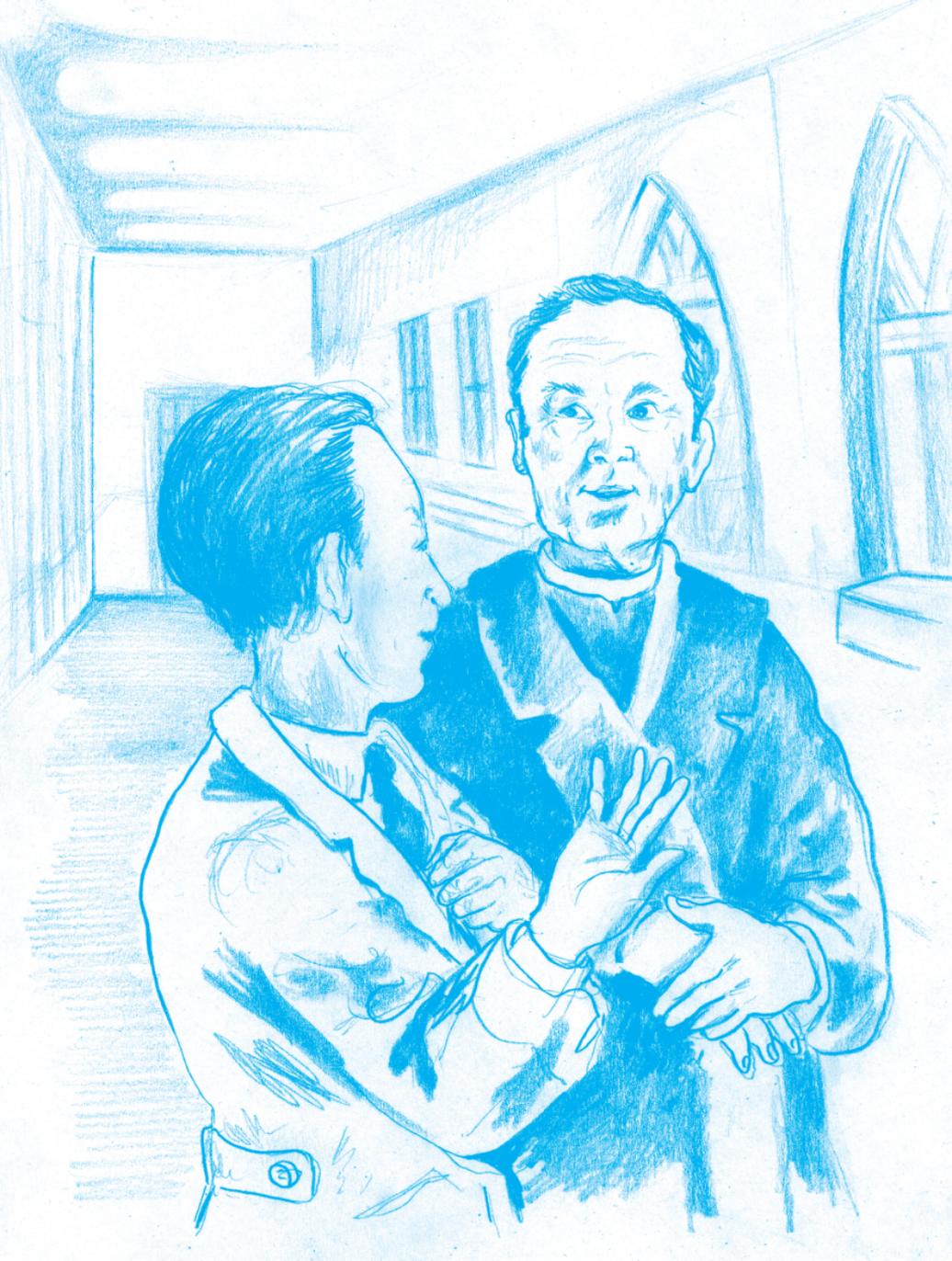
parte de él, así también puede decirse que la soberanía reside en una sola parte de la Nación, la autoridad.

Contra el usurpador y el tirano no hay más recurso que la oración y la mejora de costumbres: el pueblo no tiene derecho de alzarse contra los que le oprimen desde el poder, porque de otra manera todo criminal castigado por sus delitos, toda persona adversa al Gobierno se tomaría el derecho de convertirse en juez y fallar por su cuenta.

No se pueden justificar los trastornos violentos, porque jamás quedan impunes y se pueden expiar con largas y dolorosísimas convulsiones sociales.

El gobierno no puede convertirse en mercader, agricultor, industrial, etc.

Nos parecen exageradas las doctrinas sobre transmisión de soberanía, y no vemos conveniente que el gobierno hasta para aliviar los impuestos a los ciudadanos busque fuentes de riqueza en el comercio, agricultura e industria, pero es innegable que salvo discrepancias que nunca han de faltar, la doctrina política de Matovelle está fundada en las mejores fuentes de escritores y expuesta con una claridad y valentía de que no es fácil



El padre Franco, fue el consejero más cercano de Matovelle, lo introdujo en el estudio de la Jurisprudencia y luego no dudó en animarlo hacia su consagración en el altar. Fue su guía y confidente.



hallar ejemplo en los publicistas de nuestros pueblos llamados democráticos, cobardes para enfrentarse con ciertos prejuicios populares.

Para Matovelle el Derecho Público Eclesiástico que regula las relaciones de la Iglesia con el Estado es de vital importancia y en las Naciones cristianas para cuantos, por su estado y profesión, están llamados a ponerse en la cabeza de los pueblos y tomar parte en los arduos e intrincados problemas de la política.

La Iglesia es necesaria no solo para el individuo sino también para el Estado, y este tal debe rendir a Dios el culto externo a que Dios tiene derecho. La historia enseña que las guerras de Religión han sido funestas para los pueblos, para evitarlas uno de los deberes de la potestad civil es conservar la unidad religiosa en los países en donde se halla establecida y procurar establecerla donde no existe, bien entendido que la unidad religiosa solo es posible dentro del catolicismo, porque tiene por base la verdad y no la mentira. La Iglesia tiene perfecto derecho a que esta unidad se conserve o se promueva. Y como esta unidad es el mayor bien que puede poseer un pueblo, su conservación es un inestable tesoro, que debe estar garantizado por la Carta Política.

Así como se castigan los males contra la moral pública así también deben castigarse los crímenes contra la Religión que es la base de toda moral.

En materia espiritual, el Poder Civil está directamente sometido a la Iglesia, porque cuando se dijo a los apóstoles: **Docete omnes gentes**, lógicamente esta máxima comprende a las Naciones. A Cristo le ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra: **data est mihi omnis potestas in coelo et in terra**. (Mat. XXVII, 18); Y la Iglesia tiene los mismos derechos de Cristo. El texto **regnum meum non est de hoc mundo**, solo indica que la Iglesia tiene su origen y su fin en el Cielo, pero de ninguna que se halle fuera del mundo y carezca de potestad sobre él. Palestina, donde predicó Jesucristo, está en el mundo, y los preceptos que dio a sus Apóstoles fueron para que se practicaran en este mundo, no en el otro.

Censura la debilidad de los liberales, católicos, santos en su casa, demonios en el poder público; de Dios, en privado en el seno de la familia; el diablo, en política, en la dirección de las Naciones.

La Iglesia como religión forma un Estado Sagrado, exterior, jurídico y perfecto en su esfera, y como tal, forma

parte del concierto de las Naciones en Derecho Internacional; y los Concordatos, en su fondo son menores privilegios que la Santa Sede otorga a los pueblos. Con esto creemos haber dicho lo suficiente para expresar el pensamiento de Matovelle en Política, donde es jefe de la escuela tradicional católica, por sus ideas y por su actuación en los congresos y ante los Gobiernos.

Las ciencias políticas que el P. Matovelle escribió y que comprende el tratado de Economía, se publicaron después de su muerte, dos tomos de 268 páginas el primero y 311 el otro. El Derecho Público Eclesiástico comenzó a publicarse en 1889, pero no vio la luz sino en 1892 en que fue declarado texto del Seminario de Cuenca, por resolución de la diócesis en 28 de mayo del mismo año, y se inserta allí el concordato de Veintimilla, la sustitución del Diezmo, el **Syllabus**, la Bula **Unam Sanctam** y las cuatro proposiciones galicanas.

Estas obras fueron escritas por Matovelle para atender a las necesidades de la Cátedra por la época en que fue secolar. Eran los dictados para sus alumnos: como de sacerdote volvió a reasumir el cargo de profesor, es lógico suponer que sufriesen modificaciones, al menos en lo que respecta a ciertos problemas que vinieron a

ser de grande actualidad; pero en lo esencial el criterio político del autor esta ya bien definido desde 1877 en adelante. A partir de lo anterior se puede establecer, que Matovelle no fue un educador o un maestro repetidor de libros o transmisor de un mar de conocimientos, se trató de un hombre que investigó, escribió, produjo conocimientos y lo más importante, no se conformó con aquello que otros habían dicho en materia de ciencias políticas y derecho constitucional.



CAPÍTULO II

- *Plan de Santificación*
- *Preparación a los Seminaristas para la Predicación*
- *Forma en sus Discípulos el Recto Criterio Político*
- *La Academia de Derecho Público*
- *Triunfo en el Certamen de Julio de 1881.*

Después de la Primera Misa, el Ilmo. Sr. Estévez y Toral nombró a Matovelle prefecto de piedad del Seminario para dirigir en este pleno plantel todos sus esfuerzos a la santificación de sí mismo, la de sus estudiantes y la de sus profesores. Conforme al consejo de Kempis: “Haz cuanto esté de tu parte y Dios secundará tu buena voluntad”, hizo cuanto le fue posible para que el Seminario dejase de ser un rincón de católicos durmientes y se transfor-

mase en foco de católicos despiertos, activos, luchadores, que supiesen ser líderes, como curas en sus parroquias y como directores de las multitudes en la defensa de las buenas costumbres y de los derechos queridos por Dios.

Muchos se imaginan que las gentes que rezan mucho son inútiles para la vida: duermen en la oración que les es dulce y suave, hacen de ella fin y no medio, el diablo entre tanto hace a su alrededor buena cosecha de almas. No era de Matovelle esta falsa piedad, que reza para no actuar, que busca en la oración una excusa a la ociosidad; para él la piedad estaba en la prontitud de hacer el bien, en amar a Dios con alma, sentidos y potencias, para hacer de su vida aún en los actos más indiferentes, una oración perpetua. **Domine, doce nos orare** decía con los Apóstoles a Jesús y a imitación de Jesús oraba de día y de noche, **et erat pernocians in oratione Dei** oraba siempre, **prolixus orabat** pero como Jesús: con su Padre; había cercanía entre el Creador y la criatura, su oración era obra, era vida, no se quedaba solo en los labios. San Francisco Javier decía: ora y conquista el mundo, otros oran y dejan que el diablo conquiste el mundo, no pertenecía Matovelle a esta segunda clase de rezadores. Matovelle el edu-



*L*a premisa de Matovelle Educador y Maestro: “*El estudiante ha de recibir pocas verdades, pero fundamentales, que le servirán de base para encumbrarse a las alturas de la filosofía y la ciencia*”.



cador y el maestro, lo fue ante todo de la vida, no se preocupó sólo del saber, lo hizo también del corazón de la juventud.

En la fábula, Anteo, hijo de Neptuno, al tocar tierra adquiere nuevas fuerzas para la lucha; en la vida cristiana, Matovelle al tocar con su corazón el Cielo adquiere nuevas fuerzas para conquistar a Dios en la tierra, en la medida que le fue posible.

Mis alumnos, decía Matovelle, *“no van a pasarse la vida rezando en la soledad y en el silencio de una celda. Un día no muy lejano serán arrojados, entre mil peligros, a la vida pública en sus diversas manifestaciones, en las parroquias, en los parlamentos, en el templo y en el foro, y es necesario prepararlos para el combate y la victoria”*.

De acuerdo con estas ideas, procuró la organización del Seminario conforme al de San Sulpicio y dividió a sus discípulos en dos categorías: una de eclesiásticos y otra de juristas: los primeros formaron una sociedad de Derecho Público. Los preparaba así para la lucha. Jesús mando a sus discípulos: “vigilar y orar para no caer en la tentación”, esto mismo hacia Matovelle con los discípulos que el Señor le confiara, les enseñaba a

no dormirse, a estar despiertos, pero orando, porque no basta la vigilancia sola ni la oración sola, son necesarias las dos cosas, vigilar y orar; a la gracia divina unir la libre actividad humana, la obra del hombre en cierto modo divinizarla con el poder de Dios. No quería Matovelle que los cerebros de sus alumnos se enmoheciesen esperando milagros, les enseñaba a razonar, a pensar, a obrar para dirigir todas las cosas, o mejor a la sociedad entera a la gloria de Dios.

Fin muy principal del sacerdocio es la predicación del Evangelio; el saber predicar es algo muy útil al sacerdote, pero lo es aún más a los párrocos y qué decir de la capacidad de comunicación que debe tener un maestro, para cuya formación funcionan los seminarios y las universidades. Matovelle predicó, siendo aún diacono, con licencia de su superior de capilla del Seminario, el 8 de diciembre de 1879, con motivo de la fiesta de la Inmaculada, que se celebra en esta fecha. Ya sacerdote dirigió la palabra en público por vez primera el 25 de agosto de 1880, para ensalzar las excelencias del Purísimo Corazón de María, cuya festividad se conmemoraba.

Según consejo de Kempis de que hay que poner todo el esfuerzo humano para que Dios bendiga nuestras

obras, Matovelle opinaba que los seminaristas debían ejercitarse con mucho cuidado en la oratoria, en el fondo y en la forma, aprender a presentarse en público con la compostura que exige el estado sacerdotal y hablar con corrección y modales apropiados, para que germinen con eficiencia las verdades evangélicas en el alma de los oyentes. Aquí se puede establecer la diferencia clara que existe en Matovelle entre educar y formar. Tal ha de ser el objetivo de los maestros de todos los tiempos: formar.

Pero más conocida es su labor como maestro de la juventud en el aspecto político. El liberalismo católico de esta época divinizaba las leyes y tenía horror al mandatario católico, íntegro y fervoroso en la vida pública. García Moreno era blanco del odio de estos utopistas que no podían conformarse con las demasiadas concesiones del Concordato a favor de la Iglesia, ni con la protesta del Ecuador que ellos llamaban ineficaz, por la usurpación de los Estados Pontificios.

Matovelle creyó caso de conciencia defender a la juventud de la infiltración de tan perniciosas ideas con las que él guardaba distancia. Fundó con este fin una Academia de Derecho Público para dilucidar tópicos políti-

cos que en esa época estaban en boga, y aun ahora, como la libertad de cultos, de conciencia, de imprenta, la soberanía del pueblo, entre otros. Esta academia fue la primera de su clase en la República, dio al catolicismo ecuatoriano rumbos y orientaciones bien definidos, eliminó errores y prejuicios y disciplinó en la política, en la oratoria forense y en el carácter creando de esta manera una falange de católicos luchadores, estirpe necesaria para enfrentar los tiempos y vientos nuevos en el escenario del país. De entre ellos recordemos solamente a Luis Antonio Chacón, Alberto Muñoz Vernaza y sobre todo Víctor León Vivar, que tan alto luchó con las ideas políticas y en el terreno de batalla hasta morir asesinado por los liberales que habían subido al poder. Errores hubo, pero sin Matovelle esos errores hubieran sido más grandes aún, quizá ni la lucha se habría producido, porque la juventud formada en las aulas del Seminario no hubiera opuesto resistencia al liberalismo vestido de ángel de luz.

En las veladas científicas que organizaba en Cuenca la Academia de Derecho Público, se daban cita los intelectuales para beber la verdad en aguas cristalinas, disipar dudas y adquirir o perfeccionar conocimientos.

El modo como funcionaban estas veladas era muy sencillo, un discurso de introducción, planteamiento de las tesis por discutir, doctrinas contrapuestas y polémica con los argumentos en pro de la solución, objeciones y refutación. Este discurso final se sintetizaba lo discutido y se ponía más luz sobre la verdad, mostrando con claridad el error. Buena música y canto de colegiales impedían el fastidio y daban solaz a la concurrencia.

El resultado de la discusión se solía publicar por la prensa en un bien presentado folleto que ayudaba a propagar fuera de Cuenca, en colegios y universidades, y en los no concurrentes las sanas doctrinas político – católicas.

Inútil es decir cuánto contribuyó todo esto a eliminar errores regalistas y liberales que, con Veintimilla en el Gobierno, pretendían volverse a imponer en la República y de hecho se habían impuesto en numerosos aspectos de la administración.

Uno de los más celebres certámenes públicos de Matovelle fue el de Julio de 1881. Se publicó por la prensa el programa sobre la tesis, materia de la disputa, y los liberales azuayos se dieron cita para refutar al prefecto de piedad y profesor de Derecho Público, cuyo lenguaje

era riguroso y enriquecido por las ideas de autores reconocidos en Francia y en Italia, sin dejar por un punto la riqueza de la filosofía griega y la poética romana.

El salón resultó estrecho para tanta concurrencia. Los liberales de Iglesia, que querían la paz y concordia entre Cristo y el demonio, tuvieron el apoyo de un sacerdote veneciano, teólogo y filósofo de fama que se hallaba en Cuenca. Entre los alumnos esgrimían sus armas en pro de las doctrinas llamadas ultramontanas, Remigio Crespo Toral, Alberto Muñoz y Luis Antonio Chacón. La carga fue impetuosa, profunda, intransigente, pero los paladines del Derecho Cristiano, dice el Dr. Joaquín Martínez Tamariz, permanecen en sus posiciones, acometen y se defienden sin aturdimiento y con el coraje que da la verdad. Tres horas duró la polémica. Una página de Zigliara desarma al padre veneciano; algunas proposiciones del Syllabus por el señor Obispo calman a los más fogosos. Pero en el calor de la disputa el Dr. Luis Cordero observa a los alumnos que están sosteniendo doctrinas en contradicción a lo enseñado por su maestro el Dr. Matovelle, y hace leer sus escritos de éste de algunos años antes. Matovelle, con esta elocuencia galana y gentil que tenía el don de captar las voluntades, confiesa que el escrito es suyo, que cier-



**“La caridad
conoce
por instinto
normas pedagógicas
que están fuera
del alcance
de los sabios,
porque no nacen
de la ciencia,
sino que son frutos
de la virtud”.**

*M*atovelle comprendió que la mejor forma de doblegar un pueblo es manteniéndolo en la ignorancia y por el contrario la manera de asegurar su progreso y desarrollo no era otra sino la educación y ésta encaminada hacia la virtud.



tamente hay allí errores, que los había visto después con mejor estudio sobre la materia, y que justamente por eso ha fundado la Academia de Derecho Público, para que no caigan otros inexpertos como el cayó, para que no se propaguen las perniciosas ideas de que un tiempo él también fue víctima. Con esto da a entender Matovelle, que un maestro puede equivocarse pero que tendrá la ocasión de ser un mejor maestro si acepta el error y lo corrige.

Una salva de aplausos acogió esta magistral respuesta. El triunfo fue rotundo. En el ambiente quedaron flotando las víctimas del error liberal, unas arrepentidas y otras empedernidas, entre las últimas no estaba Matovelle ¿Quién estaba? Todos los ojos cayeron sobre el doctor Cordero.

Pero este triunfo no venía a alimentar el orgullo del sacerdote bueno y sabio; le servía para abrirse en la sociedad campo más amplio en la predicación de la verdad, lo cual aprovechaba para hacer mayor bien a sus alumnos.



CAPÍTULO III

*Experiencias Pedagógicas – Preparación de los
Estudiantes en la Ciencia y la Virtud
- Fundador de Centros Educativos
- La amenaza a la Educación Católica
- Matovelle encargado del Seminario de Atocha*

Matovelle era un buen pedagogo. En el Seminario de Cuenca había sido prefecto de piedad y profesor con gran aprovechamiento de los alumnos en materia de conocimientos y en la práctica de la virtud; sabía instruir y educar, dar luz al entendimiento y buena dirección a la voluntad; se valía de la ciencia para llevar almas a Dios y de la virtud para hacer un apostolado del cultivo de la ciencia. Como Cura de Azogues establece la escuela de varones del Corazón Inmaculado de María, que funciona desde el 10 de noviembre de 1889 hasta comienzos del año escolar de 1892, en que la entrega a los Hermanos Cristianos para hacerse cargo de otro centro

de enseñanza, el Colegio de Estudios Secundarios de San Francisco de Asís en la misma ciudad de Azogues, creado por el Congreso a su pedido e influencia como diputado. La escuela llega a tener más de quinientos alumnos y de sus aulas salen algunos sacerdotes para la Iglesia, el colegio funciona hasta la época de Alfaro en que lo suprime la fobia religiosa del liberalismo en el poder.

El Presidente del Perú, Dn. Eduardo de la Romaña, conocedor de estos acontecimientos y de la personalidad religiosa, moral, científica y literaria de Matovelle, quiere confiarle también la dirección de un colegio en esa República y aunque se vale para ofrecerle el cargo y para que le urja a la aceptación, del Comisario General de los Descalzos y de Monseñor Gasparri, Delegado Apostólico, Matovelle no lo acepta. El honroso cargo le abre en Lima ancho campo para hacer el bien, pero cree que los colegios no han sido buenos para su Congregación naciente.

No obstante, lo anterior, la enseñanza era una de las grandes preocupaciones de Matovelle. En cada parroquia donde había un cura oblato, junto a la Iglesia o Capilla se solía levantar una escuela para que los

niños aprendiesen cuando menos el catecismo. Pero en esta labor tropezaba con grandes dificultades por los esfuerzos del Gobierno masónico en desterrar a Dios de escuelas, colegios y universidades.

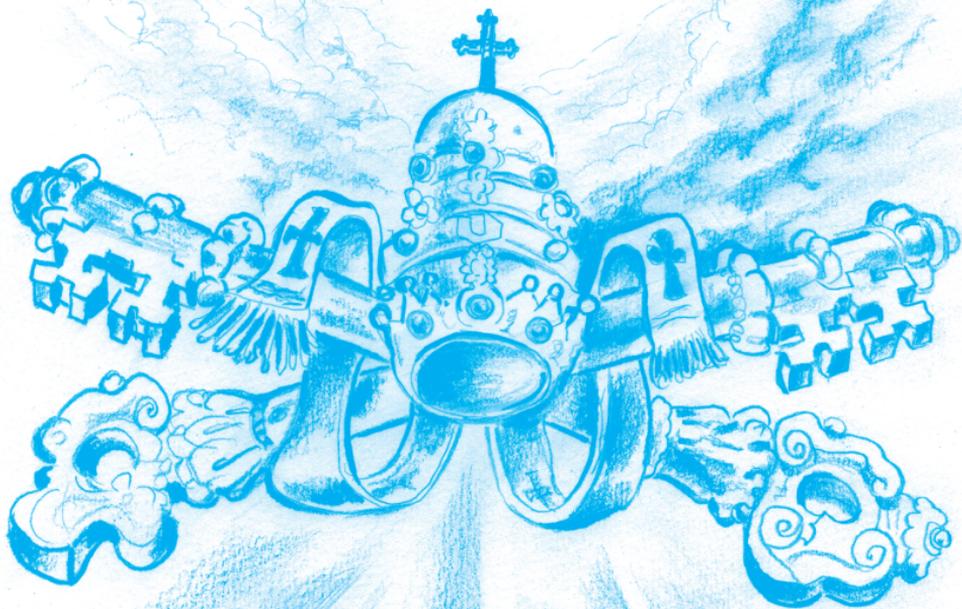
Para acabar con el catolicismo de la mujer, el 14 de febrero de 1901 se inaugura en Quito el Instituto Nacional de Señoritas con directora protestante. Se invita a la ceremonia al Vicario de la Arquidiócesis Dr. Manuel María Polit, pero este se niega a concurrir porque esa escuela es un atentado contra la enseñanza religiosa, prescrita por la Iglesia. Tal establecimiento era el primer paso para implantar de manera definitiva el laicismo en la República, pero como no se quería entrar en lucha abierta con las primeras Autoridades Eclesiásticas, el periódico “El Tiempo”, el 8 de Abril de este mismo año 1901, editorializa sobre la conveniencia de promover al Dr. Polit al Obispado de Guayaquil, vacante desde hacía algún tiempo.

Un año más tarde, el 17 de octubre de 1902, se avanza aún más en el empeño de desterrar a Dios del corazón del niño y se derogan los decretos legislativos que ponían la enseñanza secundaria en manos de los Jesuitas. Con espíritu sectario se manda en el artículo

3° que el Gobierno, por medio del consejo general de Instrucción Pública, señale los textos de las escuelas, colegios y universidades costeados o no con fondos nacionales; textos que debían ser naturalmente de tendencia masónica e impuestos a la fuerza, aun en los establecimientos de enseñanza privada.

Matovelle, en comunicación con la Madre Urigüen, Oblata ordena: “No hagan caso de la perversa ley de Instrucción Pública que acaba de dictarse, no se asusten por ella, continúen enseñando sin admitir los malos textos ni sujetarse a nada de lo que es contra la conciencia. Si por esto se las obliga a cerrar la escuela, bendito sea Dios, habrán cumplido ustedes con su deber.

La guerra a la enseñanza religiosa avanza cada día más, y en 1906 se legaliza el laicismo en forma más satánica, con la nueva venida de Alfaro al poder después de la Batalla de Chasqui y la publicación de la nueva Ley de instrucción Pública. Por la Carta Fundamental, el laicismo llega a ser obligatorio en los establecimientos oficiales y públicos. Matovelle mira todas estas leyes como inexistentes y las escuelas de sus Oblatos, que el Gobierno no se atreve a suprimir, siguen funcionando



*M*atovelle enseñaba que la profesión de fe por parte de todo cristiano tenía que salir del ámbito privado y sumergirse en lo público, de tal forma que en cualquier escenario se pudieran proyectar las convicciones más profundas sin vergüenza y sin temor. Se refería a la formación de la conciencia.



con resultado admirable en Cuenca, Paute, Biblián y Girón. Los mismos órganos oficiales testimonian el brillante resultado de los exámenes.

En estas tristes circunstancias de cruda guerra a la enseñanza religiosa, es cuando la Virgen, bajo la advocación de la Dolorosa del Colegio, cierra y abre los ojos en la noche del 20 de abril de 1906 ante un grupo de internos del Colegio San Gabriel de los Padres Jesuitas de Quito.

En medio de este inmenso consuelo del cielo para la instrucción católica, el Ilmo. Sr. Gonzales Suarez como Obispo de Ibarra había tenido dificultades económicas con los Lazaristas de Quito, donde se educaba el Clero de su Diócesis. Como consecuencia de esta falta de armonía, retiró a sus seminaristas y formó en Ibarra un Seminario que no tuvo todos los buenos resultados que de él esperaba. Al subir a la Metropolitana, en 1906 volvieron a suscitarse ciertos desacuerdos que lo incitaron a proponer al Padre Matovelle la dirección de los dos seminarios, Mayor y Menor de la Arquidiócesis. Matovelle no aceptó. Le parecía que los dos planteles en poder de los Lazaristas estaban en mejores manos que en las suyas; por su mayor experiencia en esa labor docente

y por contar con personal más apto y numeroso. Posteriormente pudo arreglarse la disputa en forma amistosa, pero en el Ilmo. Sr. Gonzales Suarez persistió la idea de que un seminario en manos de Matovelle marcharía admirablemente bien.

El 9 de enero de 1901 Matovelle sale de Cuenca y, después de detenerse bastante en el camino llega a Quito el 23 del mismo mes a la visita de su casa conventual. Seis días más tarde preside las conferencias de Moral de sus Oblatos, y en marzo se halla dando ejercicios espirituales en compañía del Rvdo. Padre Justo Ríos, en la hacienda de El Deán, de la familia Barahona, donde imparte la comunión a más de quinientas personas. En julio ordena que los retiros mensuales de la Comunidad se tengan los terceros viernes, y el 9 de este mes va en romería al Santuario de Las Lajas con el R. Padre Aurelio Laso. Mercedario, y el Hermano Inocencio Burí, Oblato. En las Lajas recoge importantes documentos para la historia del Santuario, y el 12 de agosto se halla de regreso en Quito.

No obstante, la negativa de Matovelle por hacerse cargo del seminario en la Metropolitana, el 7 de septiembre de 1917, el Ilmo. Sr. Polit sale de Cuenca a Quito

para dialogar con el Ilmo. Sr. Machado y el Ilmo. Sr. Gonzales Suarez para plantearle el asunto el Padre Fundador de los Oblatos y éste finalmente sale de Quito el 15 de octubre con el Padre Luis Fidel Martínez hacia Ambato para recibir el Seminario del Corazón de Jesús de Atocha, que debía proveer a la formación de sacerdotes para la Diócesis de Manabí y Esmeraldas. Cinco días más tarde, sábado 20 de octubre, el seminario comienza a funcionar con el Padre Matovelle y los Oblatos Miguel Medina Rojas y Justo León Ríos. El 16 de noviembre el Rvmo. Padre Matovelle acompaña de Ambato a Quito al Ilmo. Sr. Alberto Ordoñez. Obispo de Ibarra, que va por primera vez a hacerse cargo de la diócesis. El 19 está de regreso a fin de no impedir el funcionamiento regular de las clases. El Ilmo. Sr. Gonzales Suarez fallece el 3 del mes siguiente, pero el Padre Matovelle no abandona sus labores, porque en el Vicario Capitular halla el mismo entusiasmo que en el difunto Arzobispo por la obra del Seminario. Los Exámenes de fin de año escolar se los rinde ante un tribunal formado por la Curia y en ellos obtienen los alumnos calificaciones óptimas. El primer curso bien organizado promete buena cosecha para el futuro. En esta etapa madura el educador y el maestro no da pie a la impro-

visación como nunca lo hizo, y permaneciendo firme en sus métodos y pedagogía, sembró en el corazón de los seminaristas, la cultura de los sabios y la piedad de los santos.

El 3 de agosto de 1918 está el Padre Matovelle en Quito; el 17 del mismo mes da ejercicios espirituales a las religiosas de los Sagrados Corazones en Rumipamba, y el 6 de septiembre, acompañado del Padre Ríos va en romería al Santuario de la Santísima Virgen de El Quinche. Regresa a Atocha el 27 de septiembre y en octubre está de nuevo en Quito, donde, de acuerdo con la Curia, nombra Rector del Seminario al Padre Ríos, quien inicia sus labores el 28 de este mismo mes. A fines de diciembre de 1918, sale el Padre Matovelle de Quito, se detiene dos días en Atocha para cerciorarse del buen funcionamiento del Seminario en este segundo año de labor, y el primero de enero de 1919 llega a Cuenca.

El seminario marcha bien bajo la dirección de los Oblatos; sin embargo, habiendo sido el Ilmo. Sr. Polit elevado a la Metropolitana y preconizado Obispo de Cuenca el Ilmo. Sr. Daniel Hermida; el nuevo Jefe de la Iglesia Ecuatoriana vio conveniente que el Seminario continuara en manos de los padres diocesanos y así

el establecimiento se convirtió en el Seminario Menor del Corazón de María de Atocha para el servicio de la Arquidiócesis una vez los Oblatos abandonaron la dirección del mismo.

Después de estos acontecimientos, es útil mencionar que la pedagogía acompañó la vida de Matovelle de quien dice el biógrafo: *“Matovelle trabaja de pie en la biblioteca; su erudición es grande, conoce a fondo los clásicos y ha leído los inúmeros volúmenes de los Bollandistas. Su criterio es admirable. Un Obispo hace leer en cierta ocasión una Historia Eclesiástica a los Seminaristas, Matovelle le oye y dice: “Tiene sabor herético”. Poco después la Santa Sede condenaba la obra. Es tan formidable el bagaje de sus conocimientos y hay tal orden en ellos que cuando escribe una Novena del Espíritu Santo y la lee Fray José Marie Aguirre, exclama: “No he conocido mejor trabajo del Espíritu Santo que esta novena. Pero su obra de más aliento es **Meditaciones del Apocalipsis**”.*

La piedad de Matovelle corre pareja con su ciencia. Aun en público se arrodilla al toque del Ángelus al tiempo que mencionaba: *“Un sacerdote sin oración y sin estudio es una amenaza para la Iglesia”.*

Funda en Cuenca el “Centro Católico de la Juventud” y, aun en 1927 se le ve enseñando a los jóvenes Religión y Apologética para que sepan darse cuenta de su fe y defenderla contra los adversarios.

En marzo de 1929, el Gobierno, a petición suya funda una escuela en Galápagos. Cree que las escuelas y las misiones con la mejor manera de defender el territorio patrio.

Son también obra suya la creación de la Provincia de Cañar, la parroquia urbana de Huainacpac en Cuenca con su Santuario del Vergel y las misiones Salesianas de Méndez y Gualaquiza. En sus últimos años establece la casa de San José para ancianas indigentes, y para la práctica de la caridad cristiana, une a las señoras en una gran Asociación, llamada de las Señoras de la Caridad.

Habiendo sido nombrado miembro de la Real Academia de la Lengua, trabaja hasta el día de su muerte en el discurso para tomar posesión del cargo el 16 de octubre de 1929.



IGUALDAD

FRATERNIDAD

LIBERTAD



Las verdaderas ideas de igualdad, libertad y fraternidad, enseñaba Matovelle, no parten de la Revolución Francesa sino del Evangelio, por tal razón, es necesario volver los ojos a la Escritura para entender el camino trazado por Dios a la humanidad.



CAPÍTULO IV

Textos Originales del Padre Matovelle
– *La Ciencia – La Educación – Su Antropología*
– *La Juventud – El Porvenir*

LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD.

Una de las más sabias máximas de los filósofos antiguos era ésta: nosce te ipsum, concóctete a ti mismo. Nada en efecto, nos es más necesario que el averiguar los senos ocultos de nuestro ser, y los más recónditos misterios de nuestra naturaleza. Todos los ramos del saber contribuyen a la perfección del hombre, y, por tanto, todos ellos deben partir de la ciencia del individuo. Tratemos, por consiguiente, ahora, de ver cuáles son el carácter y tendencias de nuestro siglo, y cuál el estado de la juventud de nuestro tiempo, para que sepamos los peligros que debemos evitar, y el camino que debemos seguir.

Grandes y brillantes aplausos han sido tributados al siglo XIX. Por doquiera se le llama el Siglo del progreso y la *Era de las Luces*. Eugenio Pelletan, uno de sus más elocuentes admiradores, cada vez que se pone a hablar del siglo actual parece, como lo confiesa él mismo, que se halla sobre la trípode sagrada, lleno de sublime estremecimiento de la Pitoniza, y agitados sus cabellos por el viento de la inspiración. Así le hemos oído prorrumpir en exclamaciones como éstas: “Oh siglo XIX: tú eres a los ojos de Dios el más grande de los siglos; porque eres el último que posees el progreso de la historia”. Hermosos panegíricos por cierto; más, para que podamos juzgar rectamente de su exactitud, recurramos a un maestro imparcial, al maestro Opinión Pública: ¿Qué nos dice ésta? - Que el siglo XIX es el *siglo del vapor y la electricidad*. He aquí, en pocas palabras, el único juicio recto y verídico que expresa admirablemente el carácter de la época en que vivimos.

Sí, el siglo XIX es el siglo de vapor y electricidad, es decir, el siglo de la futilidad y ligereza. Y para vindicar a esta aserción de la nota calumniosa, fijémonos nada más que en su aspecto literario, que es el que hace a nuestro propósito. ¿Cuáles son los distintivos de la literatura actual? La ligereza y la futilidad: Para conven-

cernos de ello, basta fijar nuestras miradas en el periodismo, su hijo predilecto, como es el que más bien la representa. El periodismo, en nuestros días, se ha absorbido a todos los demás géneros de literatura; es una enciclopedia volante, en las mil facetas de un Proteo; él abraza en sus columnas desde la más abstrusa metafísica hasta las más sentimentales endechas del lirismo. Se ha sustituido a la tribuna antigua, y con voz muda, pero enérgica, reta a los tiranos y amotina al pueblo. En suma, el periodismo es la escuela universal, en que aprenden todos los pueblos.

He aquí, pues, los más gloriosos timbres del periodismo. Más, en cambio, qué revoluciones las que ha obrado en las letras. Teniendo que hablar de todo y a todos, ha vulgarizado todas las ciencias, y las ha sacado del santuario de las Academias, para lanzarlas a la plaza pública y exponerlas a la expectación universal, en toda su desnudez. De aquí que se hable con tanta ligereza de las más encumbradas ciencias; de aquí que se hayan como evaporado todos los conocimientos humanos, perdiendo, por consiguiente, su apetecible solidez; de aquí, en fin, que la civilización actual sea tan superficial y tan poco profunda.

Pasando, de esto, a los individuos, ha resultado, naturalmente, que los hombres ilustres de ahora han ido a afiliarse entre periodistas y no entre graves académicos. La gloria literaria ya no está en escribir enormes volúmenes de a folio, sino extensos diarios. ¿Y qué es lo que se necesita para ceñirse uno de los laureles de Redactor? Instrucción enciclopédica, como si dijéramos una tintura de todo. Y como es imposible, que un entendimiento pueda abarcar todos los variados ramos del saber humano, en toda su latitud, de aquí resulta que éste lo que ha ganado en extensión ha perdido en densidad. Esta es, pues, la razón porqué se dicen tantos dislates en todas las naciones y en toda materia; he aquí porqué hay tan pocos sabios y tanta multitud de pedantes; porque es muy cierto que si en la época actual hay periódicos tan notables, como el “Times” de Londres, ya no se ven obras tan estupendas como las de un Tostado o las de unos Bolandos; hoy no tiene ya aplicación alguna aquel famoso aforismo: *Timeo hominem unius libri*. Es verdad, que no faltan aún hoy, obras como las de un Cantú, de un Rhorbacher, un Amador de los Ríos y otros raros, pero éstas son excepciones que confirman lo dicho.

Al fijarnos en los otros géneros de literatura, se nos presentan a primera vista, alineados como un ejército, los novelistas y los *vaudevillistas* y verdad, que razón hay para que pongamos la atención en ellos. Porque en cuanto a los primeros, parece como que todas las imprentas del mundo no se ocuparan sino en publicar novelas, a juzgar por el infinito número de ellas, entre las cuales es tan difícil hallar una provechosa, como en algunos ríos un grano de oro, entre la arena. Los vaudevillistas, no pueden ser más admirables, siendo como son una especie de fabricantes de dramas, reunidos para esto en compañías, como las de mercaderes o albañiles.

He aquí pues, trazado a grandes rasgos el carácter de nuestro siglo; juzguemos por ellos, si no es llamado con razón el siglo de vapor y de electricidad; y en el cual, para su mayor honra, hasta las reputaciones son vaporosas, cuya duración, pudiéramos expresar con esa bella imagen de la Biblia; vapor ad modicum parens. La gloria de un periódico y de sus redactores, tiene apenas la breve vida de las mariposas efímeras de Mayo, que ostentan sus galas por la mañana y mueren a la tarde para nunca más resucitar.

La educación de la juventud es análoga a nuestra civilización. A los estudios profundos se han sustituido los ligeros, a la inflexible perseverancia con que nuestros antepasados devoraban los pesados volúmenes de una biblioteca, se ha sustituido la inconsciente revista de periódicos. Se lee por diversión, no para instruirse; la librería de un joven debe contener en sus estantes algunos pares de novelas y algunos volúmenes de poesías; la elevada metafísica y las profundas meditaciones de los filósofos, están condenadas a servir de pasto a ratas en el rincón de los armarios. Es así, como hay tantos eruditos a vapor, que apenas si tienen noticia de esos prodigios monumentos del ingenio humano, como las obras de un Hornero, de un Platón, Plutarco, Séneca, a las cuales se les ha excomulgado con el epíteto de clásicos: baste mencionar, para probarlo, el pánico de muchos literatos al latín y las lenguas sabias. Pero, no sólo es esto, pues, hay muchas obras en lengua vulgar, cuyo mérito ha corrido la misma suerte. ¿No es verdad, por ejemplo, que se lee más a Espronceda y a Zorrilla, que a Calderón y a Garcilaso? El estilo de la época con todas sus galas románticas, es tan rico de palabras, como pobre de pensamiento. Antes, quizás por ser escaso el papel y costosa la escritura, no ponían



*P*ara Matovelle, ninguna fuerza y menos la del Estado, podía poner una barrera entre el derecho y la moral, las dos como una sola entidad complementan la rectitud del obrar humano.



en los libros más que la sustancia de las ideas. Ahora la imprenta lo ha evaporado todo. En una página de, Tácito se encuentra más historia que en volúmenes enteros de los modernos analistas.

De este modo se explica, por qué, en el día, hay más sabios y se estudia menos; al contrario de lo que sucedía en los tiempos de antaño, en que más se estudiaba y menos sabios había. Bueno será poner aquí un interesante párrafo de Llanos, sobre esta materia. Dice, pues, este escritor, hablando de la instrucción que se da a los jóvenes en escuelas y colegios, con aquel donaire que le caracteriza: “En unos cuantos años, bien largos para el bolsillo de los padres, se enseñan a nuestros estudiantes todas las ciencias y todas las lenguas. Con razón se dice que se enseñan, pues no se hace otra cosa más que enseñárselas para que las vean, como se acostumbran con las sombras chinescas; pero no para que se queden con ellas, pues son propiedad de los catedráticos. Gradúanse de bachilleres, y les entregan por cierta cantidad un papel que quiere decir: “El dador es hombre que sabe, permítasele sólo la entrada en el campo del saber”. Luego se elige una carrera, según hoy se llama, lo que antiguamente se llamaba profesión y no sin fundamento, porque para una profesión, hay

que profesar, como profesa una monja, y para una carrera, basta correr, como corre un galgo... ¿Pero quién tiene la culpa de todo esto? La tienen ellos y la tiene el mundo. Ellos por su impaciencia. El público, porque exige hoy más de lo que es debido... Hay uno que se dedica con esmero a un estudio dado, y descuida algún tanto los demás; pero anda entre gentes que hablan de todo; él sabe una cosa bien sabida, pero se avergüenza y lo avergüenzan, si de todo no sabe algo: entonces nuestro avergonzado abandona los estudios formales y se lanza a la generalidad; deja el fondo por la superficie, la unidad por la pluralidad, la ciencia por la enciclopedia. **“El mundo ha perdido tal vez un sabio verdadero, pero ha ganado un verdadero charlatán”**.

Cuán diversos ciertamente eran aquellos tiempos en que un San Gerónimo se limaba los dientes y se encerraba por toda la vida en una gruta, para aprender el hebreo; y aún aquellos en que, un Bossuet, cubierto ya de canas, no apagaba la lámpara de su estudio, hasta la media noche. No podemos resistir al deseo de poner aquí, la pintura que un gran hombre del siglo VI, hacía de sí mismo (San Doroteo). “Cuando yo estaba en el siglo, dice, andaba tan embelesado en mi estudio que no me acordaba, ni parecía que tenía tiempo para

pensar en lo que había de comer; tanto que si no fuera por un compañero, muy amigo mío, que tenía cuidado de hacerme aderezar la comida y llamarme a comer, muchas veces me olvidaba de esto; y era tanto el fervor que traía en mi estudio y el deseo que tenía de saber, que estando comiendo tenía delante abierto el libro, y estaba comiendo y estudiando juntamente, y, en viniendo de lección a la tarde, luego encendía luz, y estudiaba hasta la media noche: y cuando me iba a acostar llevaba conmigo el libro a la cama, y en durmiendo un poco luego tornaba a leer”. Y esta aplicación y constancia, no eran propias únicamente de este ilustre santo y sabio, sino de todos los hombres célebres de aquella época. Pero asimismo, ¡qué hombres! Su genio admira y admirará a todos los siglos, como un prodigio de la naturaleza; y sus obras, más estables que las pirámides de Egipto, pasarán incólumes, al través de todos los tiempos, como una muestra de lo que alcanza el espíritu humano.

Aquí terminaremos este trabajo, reportando una consecuencia que se presenta por sí misma. Si la juventud quiere ser útil a la Patria con sus conocimientos científicos, si desea ceñirse con los laureles de la inmortalidad, produciendo obras que pasen hasta los siglos futuros,

si quiere en fin, hacerse un lugar en la historia, es necesario que primeramente se eleve sobre la atmósfera de las preocupaciones vulgares, que se dedique a estudios serios, y abandone la senda de la pedantería, a la que tan fácilmente conducen las lecturas fútiles, es necesario que estudie con constancia y heroísmo, que se acostumbre a trabajos que ejercitan las fuerzas y nutren el entendimiento y, sobre todo, que deje de pretender los conocimientos enciclopédicos, y se aplique a cierto estudio, como se abraza un estado de vida. Sólo así llenará cumplidamente su misión sobre este mundo y podrá dejar su nombre a la Patria, como una herencia de gloria.

Dr. Dn. Julio María Matovelle.



LA CIENCIA Y LA POESIA

He aquí dos soberanas de la tierra, más poderosas, a no dudarlo, que todas las testas coronadas; porque su imperio no se apoya en la fuerza, ni una gota de sangre mancha la gradas de su trono.

Todas las cuestiones que agitan el espíritu, que tantas tempestades y torbellinos han excitado en la vida intelectual de las naciones, convergen a estos dos polos: ciencia y poesía, síntesis final de todos los tratados. La naturaleza, en su acepción general, es el vasto campo en que imperan nuestras dos soberanas. La flor que esmalta el prado y el cedro que oprime la montaña; el átomo de luz que absorbe la luciérnaga y el sol que alumbra los espacios; la gota de rocío que tiembla en el cáliz de la rosa y el océano que brama entre las rocas; el colibrí de las florestas y el cóndor de los picos de los Andes; el pececillo del lago y el leviatán del Ártico; el murmullo de la brisa y el fragor del trueno, todo, todo, hasta los oscuros abismos de la esencia de los seres, está sujeto a su imperio. En la fachada de su palacio se halla escrito en grandes caracteres: ¡DIOS!

¿Y cómo delinear la figura imponente de la una, y la seductora de la otra? Si tuviera la omnipotencia del ge-

nio, o el cincel creador de un Miguel Ángel, representaría a la Ciencia como a esas matronas romanas del tiempo de la República, llena de una majestuosa sencillez, con todo el vigor de la vida, brillando en su rostro la hermosura varonil, con la austera rigidez de las facciones de un Cantón de Utica; la nariz de inflexible perfil, los labios contraídos, la tez algo pálida, como la corteza consumida por el fuego interior del pensamiento; los ojos meditabundos, la frente espaciosa y tersa, los cabellos trenzados con abandono y, por complemento, la túnica sencilla y el burdo manto de los filósofos de Academias, rodeando el talle de numerosos pliegues: he aquí el tosco boceto de la ciencia, figura que atrae y conmueve, que hace que se la ame, pero con respeto. Se la ama de rodillas, como a esas reinas seductoras del Oriente, decoradas con el cetro y la corona.

La poesía, al contrario, como una de las Gracias del celebrado grupo de la fábula, esto es, la juventud en todos sus hechizos y encantos, la vida en su florecencia; con su aspecto más femenino, como botón de flor recién abierto, rebosando de aromas y seduciendo con sus matices. La representaría con tez mórbida y nívea, con mejillas rosadas, con labios gruesos y rojos de los orientales, respirando amor al placer; los ojos negros y



*L*a Constitución es la ley del soberano. La mejor Constitución de un pueblo no es precisamente la mejor teoría, sino la que se adapta a su historia, costumbres y tradiciones, tal era el pensamiento de Matovelle.



brillantes; la cabellera de ébano, cayendo en gruesos bucles sobre el esbelto talle; la figura contorneada de las griegas; en suma: el ideal de la belleza, con las naricadas alas de un Ángel de Rubens. Su traje con la variedad de las formas de Proteo: ya, unas veces, el manto de severa gravedad de un senador romano, ya la púrpura del Oriente o el tisú de la India, orlado de anchos caireles de oro, ya el coturno griego o el palum de los emperadores romanos, sujeto al hombro con un broche de diamantes, y, en todas ocasiones, con la corona de laureles sobre las sienes. Siempre con el encanto de las sirenas que atrae y seduce al más austero cenobita.

Las ocupaciones de ambos corresponden a sus continentes. La ciencia, unas veces se rodea de compases y de metros, de esferas y de lentes, de mapas y de cuadrantes; otras, se pasea solitaria al través de sombreadas veredas, o busca el insecto dorado que se oculta bajo la hierba de la pradera, y le deseca y examina. Con el mismo objeto, aprehende al ave del cielo y al elefante del desierto. Otras, penetra en los oscuros antros del globo y se detiene en cada una de sus grietas, como si pulsara sus arterias, contara sus latidos y midiera los grados de su calor vital; ya recoge la flor de los valles, para deshojarla entre sus dedos y contar sus estambres

y disechar sus pétalos. Muchas veces sube a los cielos y allí Manda a los astros desfilar ante ella y los va pesando, uno a uno, en su balanza. De allí baja a la tierra y en la gota de agua que colora el iris, va a sorprender, millares de mundos, tan hermosos y tan bellos como los que brillan en el vacío. No contenta con cernerse en los ámbitos de la naturaleza, penetra en los confusos limbos de las esencias y probabilidades de la Metafísica.

Con su profunda penetración y alto poderío, ha verificado portentos y milagros. Toma una porción de inerte hierro e infundiéndole un soplo de vida, anima la materia de un ardor febril y esfuerzo de gigante, que, tan pronto teje telas más finas que las de la araña, como deshoja los montes y los cedros. Cautiva los pequeños átomos de la niebla que se arrastra en las sabanas, y, el vapor, preso en una cubeta, se enfurece y brama y tiene que trabajar, ya como un galeote en los mares, ya removiendo peñascos, como Sísifo. No necesita, como Josué, mandar al sol que se detenga en su curso, para proseguir ella sus continuas luchas y triunfos; le basta una pila eléctrica, con la que desafía al negro velo de la tempestad y a las densas tinieblas de la noche. Ella, más audaz que prometen, ha robado el rayo de la diestra del Eterno y le ha convertido en humilde correo

y portador de su pensamiento. Ha disputado al águila su vuelo y, subiendo en alas de las nubes, ha visto el mundo a vuelo de pájaro. Partiendo de aquí, ha examinado el embrión de los seres, ha asistido al primer día de la creación y ha mirado la masa en germen de los mundos, rodando candente en los senos del espacio. Orgullosa de tantos prodigios como ha obrado, ¡dadme un punto de apoyo, exclama y desquiciaré el orbe!

Nada de esto hace la poesía. Acompañada siempre de nueve hermosas vírgenes, llamadas Musas, los únicos instrumentos que la cercan, son los tímpanos y salterios, las panderetas, flautas y cítaras, y también el cincel y las paletas. Recorre las selvas, los mares, pero para admirar su belleza; corre tras el cuadrúpedo, vuela tras el ave, para palpar su aterciopelada piel o su gayo plumaje; en los lagos juega con las algas, y en los mares con las perlas. Toma la flor del prado, pero no para deshojarla sino para adornar con ella sus cabellos o aspirar sus perfumes. También sube a los cielos, y penetra en el paraíso, para formar guirnaldas de astros, no para pesarlos; para extasiarse en la música angélica, no para cortar las ondas sonoras. Unas veces copia los paisajes con sus frescas arboledas y flotantes nubes, otras pulsa su lira y entona himnos de célica armonía.

Ya celebra la naturaleza, y su voz remeda los ecos del torrente y los murmullos de la brisa, en los campos del trigal maduro; ya los hechos gloriosos de la guerra remendando los bramidos del cañón y los truenos de la tempestad; ya llora las miserias y dolores de la humanidad y sus quejidos semejan al arrullo de la tórtola que perdió su nido. Mas no siempre se muestra severa, muchas veces también, juguetona y traviesa, sé cubre de una careta y parodia las ridiculeces de la vida.

Mirad ahora sus portentos: ella, es verdad, no ata el rayo a su carroza, ni desploma los montes; pero al son de su cítara, se levantan ciudades en los desiertos, y palacios en los riscos; se animan los peñascos, los tigres se cambian en corderos, las serpientes se aman-san y el salvaje se transforma en hombre culto y delicado. Con sus sones, se dulcifica la amarga copa de la vida, se despierta el sacro fuego del patriotismo y los pusilánimes se convierten en héroes y mártires. Y por último, al son de su lira, el hombre se levanta desde el cieno hasta el paraíso.

Sin embargo del carácter opuesto de la ciencia y la poesía, no se rechazan ni se aborrecen; al contrario, son hermanas, y es su armonía fraternal la que las liga. Es

verdad que Platón arrojó a los poetas de su República; pero fue un capricho de su genio, y es uno de los imposibles de esa utópica y, a veces, absurda creación. La ciencia necesita de la poesía, como el árbol de hojas y de flores, como el firmamento de estrellas; la poesía necesita de la ciencia, como las lianas del cedro en que se cuelgan, como las flores un sustentáculo, para formar ramillete.

Todas las cosas se relacionan entre sí. Pretender aislar una de otra, es un absurdo, es querer quebrantar una cadena inmutable. Pretender que la ciencia y la filosofía sean contrarias a la poesía, es pretender que Dios haya creado el universo sin belleza, al hombre sin la mujer; de tal suerte que bien pudieran aplicarse a los partidarios exclusivos de la ciencia o la poesía, aquellas hermosas palabras de la Biblia: Quod Deus conjunxit, homo non separet.

La poesía sin la ciencia, destempla sus cuerdas, entorpece sus gracias, se pone demasiado quisquillosa, se vuelve una loca, que molesta y fastidia. ***La ciencia sin la poesía, es demasiado grave, demasiado austera y ruda, espanta e intimida. Reunidas ambas, instruyen y deleitan, la una saca a los pueblos de la barbarie,***

***la otra les civiliza; la una edifica, la otra embellece;
la ciencia es el orden, la poesía la armonía; ambas
reunidas conducen este mundo a su destino, la una
abriéndole la senda, la otra cubriéndola de flores.***

Dr. Dn. Julio María Matovelle.





El derecho a la protesta es legítima pero no pueden configurarse en trastornos violentos y convulsiones sociales nacidas de apasionamientos dejando en tela de juicio la fuerza de la razón dialógica.



SESIÓN SOLEMNE DEL “LICEO DE LA JUVENTUD”

Academia Literaria del Azuay

Cuenca, diciembre de 1874

Hace más de tres años que se fundó esta academia, con el título de “Sociedad de la Esperanza”, por algunos jóvenes amantes del progreso de las letras, entre los cuales merece una especial mención el ya célebre periodista señor Federico Proaño. A poco de establecida, comenzó a publicar el periódico “La Aurora”, en cuyas columnas se daban a luz los ensayos de muchos de los miembros de la Academia. Esas composiciones, en prosa o en verso, sobre varios temas, exclusivamente literarios, debían adolecer, no hay duda, de algunos defectos, provenientes de la poca pericia y aún corta edad de sus autores; pero contenían también muchas bellezas y presagiaban, con su indisputable mérito, la realización de esa lisonjera esperanza concebida por la juventud del Azuay: la de formar un grupo de literatos, lustre y orgullo de la Patria.

Desgraciadamente, hubo de interrumpirse la publicación del periódico, después de la edición de su número

10°; pues las dificultades e inconvenientes que se oponen a la longevidad de todo periódico en el Ecuador, no perdonaron al de la juventud cuencana. Con todo, no se ha desalentado ésta, sino que, preparando para más tarde la aparición del número 11° y siguientes de “La Aurora”, o la de otro periódico, que la reemplace, trabaja constantemente en la adquisición de nuevos conocimientos, a fin de que sus futuras producciones sean más dignas aún del favor público que las pasadas.

La prueba de que trabaja con el mismo afán, en instruirse, por una parte y ensayar, por otra, es que, a pesar de la suspensión de dicho periódico, persiste en celebrar sesiones privadas y públicas, conservando las primeras su calidad de semanales, y reiterando las segundas, con la mayor frecuencia posible, para manifestar al país que no decae el primitivo entusiasmo, que hay fe en el progreso y constancia en el estudio con que se ha de alcanzar aquel.

La última sesión solemne del “Liceo de la Juventud” fue muy interesante; pues la Literatura se vio auxiliada en esta ocasión por la Ciencia y por el Arte; consorcio bellísimo, que dio al acto una grande amenidad y lo hizo digno de la culta atención que le prestaron los ilustrados

concurrentes. Sucedió que el señor Camilo Farrand, insigne fotógrafo, y aún geólogo y químico norteamericano, residente hoy en el lugar, quiso dar a la juventud azuaya una prueba de que ama, no solamente la luz de los astros, que, difundida en la atmósfera, llena de encantos y de vida la creación, sino también aquella otra luz, no menos brillante, que, reflejando de inteligencia en inteligencia, ilumina los espacios del mundo moral. De esta luz había dicho él: God's pacific rays in the cold furrows and shadws of inteligences.

Contribuyó, pues, con las espléndidas y sorprendentes visiones de su magnífico optorama, a solemnizar el acto literario de la expresada Academia, sin otro interés que el muy noble y honroso de acrecentar el entusiasmo de los jóvenes, amigos suyos.

La función tuvo lugar el 4 del presente mes, por la noche, con suma complacencia de los espectadores, habituados ya a favorecer con sus aplausos a los oradores y poetas del "Liceo".

Hemos deseado que se perpetuara el recuerdo del acto, así por estimular a nuestra juventud, como por expresar, siquiera de este modo, el reconocimiento profundo que debemos al señor Farrand. Tales son los propósitos

con que pasamos a hacer una suscinta narración de lo ocurrido, insertando, ya que no todos, algunos de los discursos y poesías que se pronunciaron, sin excluir, los brillantes trozos y la sentida peroración de nuestro ilustrado y caballeroso huésped.

Dr. Dn. Julio María Matovelle.



DISCURSO DE APERTURA DEL SEÑOR MATOVELLE

Señores:

Propio de un pueblo culto, como el nuestro, es buscar distracciones que den solaz al alma y un rayo más de luz a la inteligencia, en vez de las degradantes disipaciones que proporcionan los vicios. Estimulada por esta idea, se presenta hoy nuestra modesta asociación, a ofreceros, en conformidad con su estatuto, la sesión con que principiará para ella el segundo año de sus tareas; y habiéndose prestado el ilustre norteamericano que nos visita, señor Camilo Farrand, a amenizar este acto, con sus renombradas vistas optorámicas, esperamos que, hoy como siempre, se darán un ósculo de amistad el Arte y la Literatura, “¡Maravillas de la ciencia!”, habéis exclamado, señores, al contemplar, los portentos de la luz: “¡Maravillas de la ciencia!” viene hoy a repercutir nuestro eco, como el sentido adiós que nos vemos obligados a dar al ilustre viajero y, al delicado huésped que se nos va.

Señores, los habitantes de la zona tórrida, en este bellissimo continente de América, hemos sido siempre como

hijos mimados de la naturaleza: una vegetación pomposa y exuberante, un clima tibio y voluptuoso y una perenne primavera, nos adormecen con su magia y nos hechizan con sus encantos. Parece que hubiéramos nacido para vivir en eterna juventud. De aquí el que no podamos contemplar la ciencia moderna en el lleno de su claridad, ni calculemos con exactitud el número de sus prodigios. Mas, ¡ah! la naturaleza principia a tratar nos como a hijos crecidos, y nos pone ya su ceño adusto; pues, ¿qué otra cosa significan este brusco variar de las temporadas y esta asolación continua de nuestros campos, sino la terquedad de una madre desdeñosa, que nos dice: “Apartaos de mi mesa y emancipaos de mi protección”? Aprendamos, pues, que el hombre ha nacido para vivir del sudor de su frente y de los esfuerzos de su inteligencia: sepamos ver, en las ciencias, el arsenal inagotable que proporcionan a nuestra estirpe las armas, para la conquista de la riqueza y la prosperidad que nos niega una naturaleza avara.

El siglo XIX es un siglo verdaderamente grande y el mayor en la escala de los tiempos, porque ha enseñado al hombre a recuperar su perdido imperio sobre la creación. Causa asombro esa serie interminable de portentos, casi divinos, realizados por la sola inteligencia. Un



La Iglesia es necesaria no solo para el individuo sino también para el Estado, y este tal debe rendir a Dios el culto externo a que Dios tiene derecho.



día, con prepotente brazo, desgajó el rayo de la tempestad y, al otro, la convirtió ya en humilde mensajero de la civilización; y, ahora, es de ver cómo el pensamiento, con las alas del rayo, atraviesa peregrino por el mundo y salva los barrancos y cruza las montañas. Un día pensó el hombre que el vapor era un hércules vagabundo y se apoderó de él, y, a la mañana siguiente, bregaba en los mares, como un galeote, amontonaba peñascos sobre peñascos, como un titán, y, con vigoroso vuelo, encumbraba al hombre sobre el trono del águila.

La luz vagaba todavía por el éter, altanera y seductora, como una reina; mas, el hombre supo, luego, asirse de ella, y, ahora, sujeta a su voz, obedece sumisa a sus mandatos, y hermosa y melancólica, como una esclava griega en el harén del sultán, busca el retiro y las sombras, para ejecutar sus milagros, como si se avergonzara de su servidumbre. Pintora admirable, tiene el mágico poderío de sorprender a la naturaleza en una actitud, en un movimiento. Como mariposa que sacude en una flor los matices recogidos en otra, así la luz ostenta en un paraje las maravillas admiradas en otro. En el Ecuador nos hace ver la aurora boreal y las nieves flotantes de los polos, y en estos deja contemplar el cielo sereno y los paisajes frondosos de los trópicos.

De esta manera pone en contacto a todos los pueblos y hace a la humanidad verdaderamente cosmopolita.

Pero no es esto sólo: el hombre ha rasgado los velos de lo infinito y ha encontrado nuevos universos, allí donde no se sospechaba que existiera un ser. En los senos del espacio y en los confines de la nada, ha sorprendido mundos y soles, tan grandiosos como el nuestro, y en la imperceptible gota de rocío, que posa en el cáliz de una flor, ha hallado también un universo, compuesto de millones de seres más pequeños que los átomos. En vista de esto, ¿quién no se siente obligado a ensalzar el poder del Altísimo y a admirar la obra más grande de sus manos, la inteligencia creadora del hombre? “¡Maravillas de la ciencia!”, es la voz que involuntariamente se nos escapa del pecho, al meditar en tan sublimes portentos.

Y, ¿qué ha conseguido, me diréis, el hombre, con estos triunfos? Hacerse el rey de la creación, ahorrar sudores y lágrimas a la humanidad, libertar al esclavo de sus faenas, poniendo en su lugar la materia y la máquina, y emanciparse de los caprichos de la naturaleza. Ahora sí que el hombre no está pendiente de ella, como el niño de los pechos de su madre; ahora puede alzar los ojos

al cielo, ver que los astros son su corona, deleitarse en su espectáculo y esperar, tranquilo la hora del festín.

En estos días, señores, merced a los milagros de la luz, y de su hija la fotografía, habéis admirado las espléndidas obras de la civilización moderna; os habéis asombrado, al ver tantos monumentos gigantescos y tan grandiosos palacios; habéis deseado hollar el terciopelo de sus salones y las baldosas de sus calles; habéis anhelado viajar en sus ferrocarriles y navegar en sus vapores. Pues bien, sabed que de estas comodidades y prosperidad disfrutaban únicamente los pueblos laboriosos. ¿Qué era doscientos años hace, la que es ahora patria de Washington y Franklin, de Fulton y de Morse...? Y ¿por qué se ha levantado hoy a tan prodigiosa altura...?

Si queremos, pues, no atrasarnos del siglo en que vivimos, recordemos que la moralidad y el trabajo son los móviles del progreso; recordemos que la ciencia es la poderosa palanca de Arquímedes, que puede desquiciar el orbe, y que, si la hospedamos en nuestra patria, levantaremos muy pronto el pabellón de nuestra nacionalidad sobre la cima del Chimborazo.

Cuando apareció el sublime cuadro La Creación de los astros, recitó el señor Emiliano Crespo la siguiente composición del señor Julio Matovelle.

“Era el caos la nada: la tiniebla,
como una inmensa niebla,
los senos ocupaban del espacio,
sin Ecuador ni polo;
Dios, en su eternidad, estaba solo,
como rey sin vasallos ni palacio.

Más el supremo Fíat,
cual tenue velo desgarró la nada,
y rota la niebla en mil jirones,
por la luz arrollada
se ocultó del espacio en los rincones.

Ondeante, luego, como polvo de oro
sobre copos de rosas y jazmines,
asomó de los astros el gran coro,
entre nubes de alados serafines.
Del universo, entonces, en los confines,



TRATADO
DE
ECONOMIA

DERECHO
PUBLICO
ECLESIASTICO

J.M. M...
19...

*M*atovelle fue un Estadista a carta cabal, sus escritos de ciencias políticas y economía política, manifiestan la grandeza de este hombre, quien con lucidez plasmaba en sus discursos el destino de los pueblos y del mundo.



un himno resonó solemne y tierno,
a cuya embriagadora melodía
la mañana brotó del primer día,
a la sonrisa hermosa del Eterno.

Al punto, por un ángel, desgranados
se esparcieron los globos de zafiro,
y fueron a cada uno señalados,
en la etérea región, el rumbo y giro.

Desde entonces, de noche, entre las nubes,
nos asombran los astros con sus galas,
porque allí los ostentan los querubes,
y de día los cubren con sus alas.

¡Oh, cuánta maravilla
en sus ámbitos guarda el firmamento!
Al esplendor difuso con que brilla
se eleva el alma en dulce arrobamiento:
el poder de la diestra omnipotente
vislumbra entre celajes un momento
y corona de estrellas su alba frente”.

El mismo Presidente de la Sociedad, en honra de los gloriosos Manes de la Patria, dijo:

“Ilustres genios de la Patria mía!
Los que, en vuestro sendero,
de luz dejasteis fúlgido reguero,
os evoca la luz en este día,
y de la muerte en la región umbría
penetrando altanera y silenciosa,
con su planta de rosa,
se acerca al mármol de la tumba yerta,
y os evoca la luz y ella os despierta.

Contempladlos allí... ¡Cómo rutila
la luz en su pupila!
¡Cómo enciende de nuevo el pensamiento
en la helada cabeza,
y en llama torna lo que fue pavesa!
Y, tejiendo magníficas guirnaldas,
les cerca de luceros y de flores;

que, si ellos en mi Patria la encendieron,
la luz, en cambio, sola,
les da la esplendidez de sus fulgores,
y es su vida la luz, la luz su aureola”.

Después de algunos momentos, ejecutó la orquesta un trozo de Moisés en Egipto de Rossini, y, luego, pronunció el señor Matovelle la composición que copiamos;

“¿Qué visión hechicera me deslumbra,
como fantasma de dorado ensueño
del crepúsculo en medio y la penumbra?
¿Es un ángel tal vez el que me encumbra
en las alas de ensueño?”

En grato lecho de armiñadas nubes,
por la etérea región me hallo vagando:
lucero de la tarde, ¿a dónde subes?
¿Hacia dónde, bellísimos querubens,
tendéis el vuelo blando?”

Mas, ya bajó a la tierra: los portentos
de natura y el arte ledo admiro:
estupendas ciudades, monumentos
que desdeñan la furia de los vientos,
del tiempo aleve el giro.

El Niágara contemplo, el Tequendama,
la sien del Chimborazo adamantina,
la mar terrible, que furiosa brama,
como las ondas, con rubís recama
la estela peregrina.

Del Oriente los mágicos jardines
que aduermen al Sultán, en muelle holganza,
do, apurando el placer, en mil festines,
bayaderas ceñidas de jazmines
hechizan en la danza.

Alcázares grandiosos cincelados
en el nítido mármol o el granito,
de Babel los escombros derrocados,



*N*ombrado Matovelle prefecto de piedad en el Seminario, hizo cuanto le fue posible para que el éste dejase de ser un rincón de católicos durmientes y se transformase en foco de católicos despiertos, activos, luchadores, que supiesen ser líderes, como curas en sus parroquias y como directores de las multitudes en la defensa de las buenas costumbres y de los derechos queridos por Dios.



los arcos de triunfo levantados
a Napoleón y a Tito.

De Farsalia y Sedán el triste osario,
do el Genio de las tumbas bate el ala,
y la agrietada roca del Calvario,
que un perfume de amor, como incensario,
perennemente exhala.

Con el brillo fugaz de los meteoros
y el vibrante esplendor de las centellas,
entre grupos de arcángeles canoros,
los Genios del saber pasan en coros,
coronados de estrellas.

Más basta ya: la sien enardecida
por la gloria falaz, todo me abraso:
si estéril ha de ser mi oscura vida,
¿por qué me hace que duerma, ¡fementida!,
un hada en su regazo?

Pasó ya la ilusión: sólo un lucero,
el sueño de mi Cuenca hermosa vela,
y ante mí se levanta un caballero:
-¿Quién eres, dime? - Farrand, el viajero,
de la luz centinela.

¿Tú la visión causaste de mi halago?
Realizaste mis sueños, te bendigo;
ya un genio seas, ya un artista o mago,
no desdeñes, ¡oh Farrand! en tu pago,
la mano de un amigo”.

Dr. Dn. Julio María Matovelle.



DISCURSO

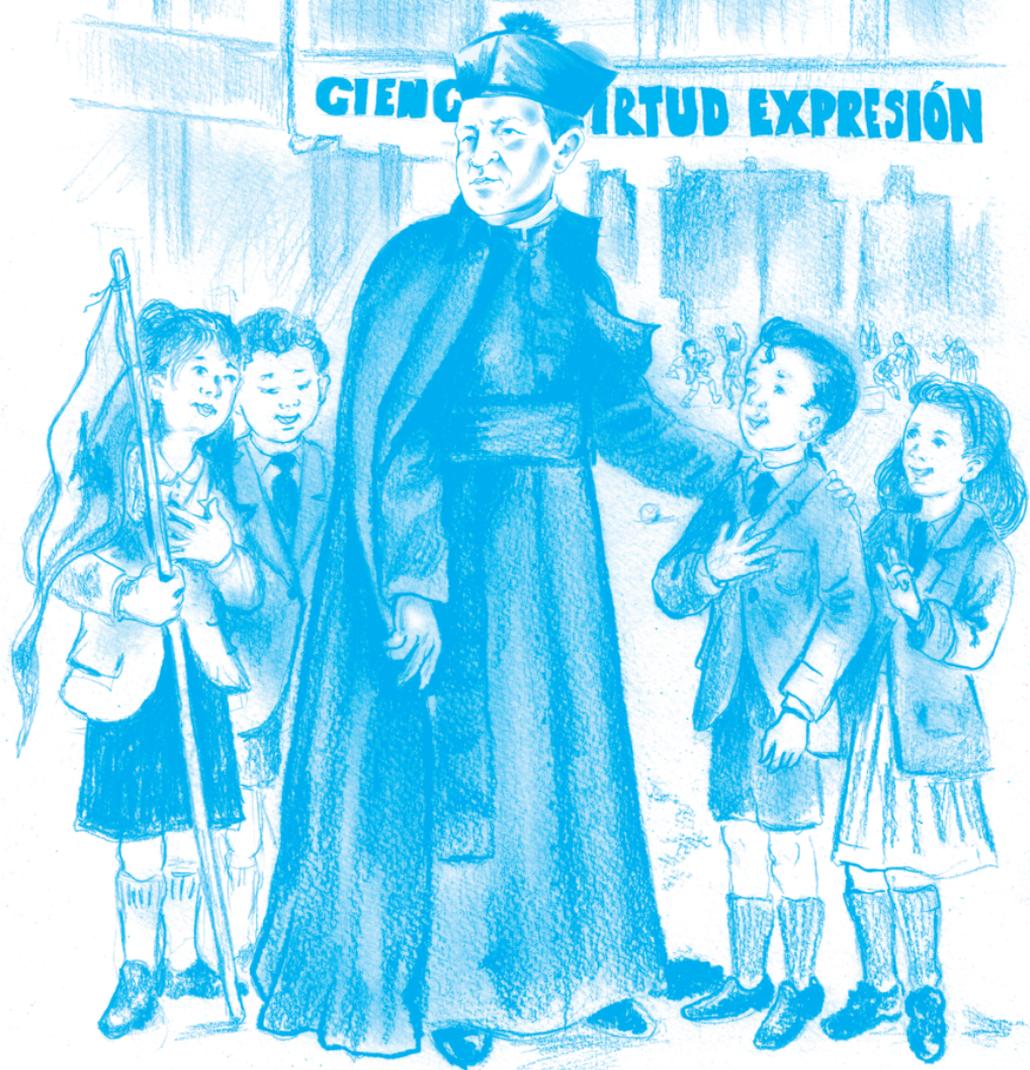
Del Presidente de “El Liceo de la Juventud” en el acto de la inauguración de la Sociedad Filarmónica.

Observando atentamente el orden admirable del universo, se ve que todas las cosas están regidas por la suprema ley de la armonía: desde las estupendas moles que se arrastran majestuosamente en el firmamento, hasta el átomo más imperceptible que se sumerge en un rayo de luz, ni un solo ser que no exista y se mueva al compás de ese ritmo y armonía universal que llamamos música. Dios mismo es el gran poeta y músico de los mundos, según la expresión de un célebre escritor. El hombre es la síntesis de la creación, el que resume en sí la perfección de todas las demás cosas que le están sujetas como a su monarca, es también el que más inmediatamente experimenta los efectos de esa ley prodigiosa; de aquí esa dulce simpatía que existe entre la música y nuestro ser: parece que nuestro corazón fuera un gran instrumento divinamente acordado, pues cada melodía responde a cada una de las fibras de nuestro pecho.

La música es el elemento en que vivimos, ella mezcla sus sonos, así a las lágrimas como a la risa: sin música no podemos concebir ni el paraíso; no hay sentimiento del alma por variado y raro que sea, ni por elevado o triste que se nos presente, que no tenga una armonía que le sea propia. Por otra parte en la natural imperfección del lenguaje humano, hay ideas y sentimientos que no se pueden expresar con ninguna palabra, y, entonces, la música viene a ser el complemento necesario del lenguaje, como que siempre ha sido, ella, el idioma inarticulado pero demasiado expresivo del corazón; por esto, muchas veces, nos conmueven más los sencillos cantares del pueblo, que los más elocuentes discursos de los oradores

He aquí, cómo el arte encantador que nos ocupa, es uno de los elementos más indispensables para la cultura de un pueblo, pues, aparte de la necesidad que tenemos de hacer coro a la creación entera, en el himno incesante que eleva a su Hacedor, estamos obligados a procurar el perfeccionamiento del individuo; y no hay cosa que nos pueda servir mejor para este fin como la música, que, con sus celestiales consonancias, nos separa dulcemente de la dura corteza de la materia, y nos revela por un momento los sublimes destinos

GIENGO VIRTUD EXPRESIÓN



*M*is alumnos, decía Matovelle, “no van a pasarse la vida rezando en la soledad y en el silencio de una celda. Un día no muy lejano serán arrojados, entre mil peligros, a la vida pública en sus diversas manifestaciones, en las parroquias, en los parlamentos, en el templo y en el foro, y es necesario prepararlos para el combate y la victoria”.



del espíritu. Por esto, así cual no ha existido una sola nación sin idioma, no se cuenta tampoco de ninguna que no haya cultivado la armonía: ni cómo había de ser el hombre de peor condición que las aves de la selva, que tienen por lenguaje la música y que se entienden entre sí con las dulcísimas notas de canto. A medida que los pueblos han adelantado más en la carrera de la civilización, ha sido también mayor el culto que se ha tributado al genio de la melodía. La culta Helena, nacida en su cuna a los deliciosos cantos del ciego de Esmirna, ella que se gloriaba de tener ciudades levantadas a los acordes de la lira, ella, encarnación bellísima del genio de la plástica, supo colocar en el coro de las Musas a Euterpe la inventora de la flauta. En este célebre pueblo, la música era considerada como el ramo principal de la educación de la juventud; en la Arcadia, por ejemplo, prescribía una ley la profesión de este arte, desde los nueve hasta los veinte años de edad. «Los cantos, dice un escritor, eran llamadas leyes”, como si entre la política y la música hubiera una misteriosa sinonimia, y Orfeo fue el primer legislador de la antigua Grecia. Quién no sabe los prodigios de que está llena su historia, ¡fueron ejecutados solamente al influjo de una cítara! ¡Quién no recuerda los nombres de Terpandro y Timoteo!

Los canales de la moderna Europa abundan también en mil curiosos hechos ocasionados por la música. De Enrique IV, de Dinamarca, dice Kraunitz, que, deseando experimentar en sí el hechizo de un célebre músico de su reino, lo hizo llamar a su palacio, y que fue tal la maestría del artista en pulsar su instrumento, que, exaltado el monarca, llegó al punto de matar a puñetazos a algunos de los cortesanos que lo cercaban.

Siendo la música, como hemos dicho, el lenguaje del corazón, sufre todos los cambios y transformaciones de nuestros pensamientos, sin dejar nunca de embelesarnos con su magia. En medio de los templos, a los trémulos sollozos del órgano, ella se nos presenta como una reina sobre su trono: a sus graves y majestuosas sinfonías enferma el alma de nostalgia, por esa patria tanto tiempo perdida: parece que escuchamos un eco desviado del canto de los serafines, y que por un momento columbramos un pedazo de ese cielo, por el que tanto gemimos.

Al escuchar Pío 1V una misa de Juan de Palestrina, todo conmovido, dijo a sus cardenales: “Verdaderamente que éstas deben ser las melodías, que oyó Juan, el Apóstol, en la Jerusalén celestial, y que, este otro Juan,

nos ha traído a la tierra”. Si de los templos nos trasladamos a los campos de batalla, veremos aquí a la música, recorriendo, como una ardorosa Palas, las filas de los combatientes o infundiendo valor y ardimiento en el pecho de los campesinos. Sabidos son los prodigios que realizara Tirteo con su canto; los héroes de las Termópilas se durmieron en el regazo de la gloria, coronados de olivo y entre los sonos de delicada flauta.

Pero la música no solamente es la inspirada de los templos, la precursora de la victoria y la cortesana de los reyes: ella, más que tildo, es la amiga sincera de los pueblos y la consoladora de la humanidad doliente. El cardo popular, esa expresión la más hermosa y verdadera de los sentimientos de una nación, se reviste de todos los matices del cielo que le vio nacer: en el Mediodía es ardiente y voluptuosa como un sol, lánguida y muelle como las palmeras y naranjos de Cuba; en la Finlandia o la Caledonia, majestuosa y triste como los peñascos de nieve que rodean el Ártico. La música popular es la historia única de la clase más desvalida de la sociedad, es la tradición viviente de las ciudades, como ha dicho un poeta, el arca de la alianza entre los tiempos antiguos y modernos, donde una nación deposita los trofeos de sus héroes, la esperanza de sus pensa-

mientos y la flor de sus sentimientos. Así los modernos atenienses cantan y danzan el hermoso baile de Ariadna, o el voluptuoso, llamado la Romerca, recuerdo de la tragedia clásica; así los nuestros entonan su lastimero Yaraví, eco perdido de las canciones que deleitaban a Huaina-Cápac y Atahualpa.

Pero ¡ah! todos estos prodigios de la música no son para nosotros: desdeñamos el sentido canto del indio e ignoramos las notas de La Sonámbula o La Lucia de La menor: nuestros salones se hallan invadidos por vals y bostonees advenedizos que los oímos sin comprenderlos. Nos preciamos de ser amantes de la literatura y el progreso y parece que ignoramos que en el pórtico de la civilización, así como en las antiguas escuelas de Pitágoras y Platón, hay este letrado: no entra aquí el que no tiene de músico. ¿Ni cómo se puede aspirar a la perfección, si no viene el hada de la melodía, y, con su hermosa vara, despierta nuestro espíritu del letargo de la materia? ¿No habéis visto cómo enseñan las madres a hablar a los niños de la cuna?: cantándoles. La música es como la célebre estatua egipcia de Memnon: ella, con sus sonos, anuncia al mundo la salida del sol de la civilización sobre un pueblo. La historia es incompleta todavía para nosotros, pues que no comprendemos la



*M*atovelle iluminado por el Espíritu Santo se congratulaba con las predicaciones en honor del Purísimo Corazón de María y cada palabra resultaba ser una rosa elogiosa para la Madre de Dios.



gloria de un Mozart, de un Rossini, o un Mercadante, al no deleitarnos con sus armonías.

Mas, de hoy en adelante, ya no será así; ¿no véis que este hermoso grupo de artistas, dedicados al culto de la música, se ofrece, con la más pura generosidad, a encantarnos con las dulces inspiraciones de Bellini y Doniceti? Cuenca que ha sabido producir un Vélez, no será ingrata a los genios de la armonía. Ved, pues, ilustres socios de la Filarmónica, el vasto campo que se presenta a vuestros triunfos: habéis dado principio a esta grande obra, nada más que al impulso de vuestro noble entusiasmo, continuad adelante inflamados del mismo ardor, constancia en vencer los obstáculos, laboriosidad en perfeccionaros en vuestro sublime arte, y el porvenir será vuestro. Recibid, ahora, el saludo cordial que, como a hermanos, os ha venido a dar, en esta noche, “El Liceo de la Juventud”; y no olvidéis jamás que, con este acto, habéis puesto, sobre las hermosas sienes de mi adorada Cuenca, una corona más de gloria y esplendor.

Dr. Dn. Julio María Matovelle.

EL GENESIS DE TODO HOMBRE

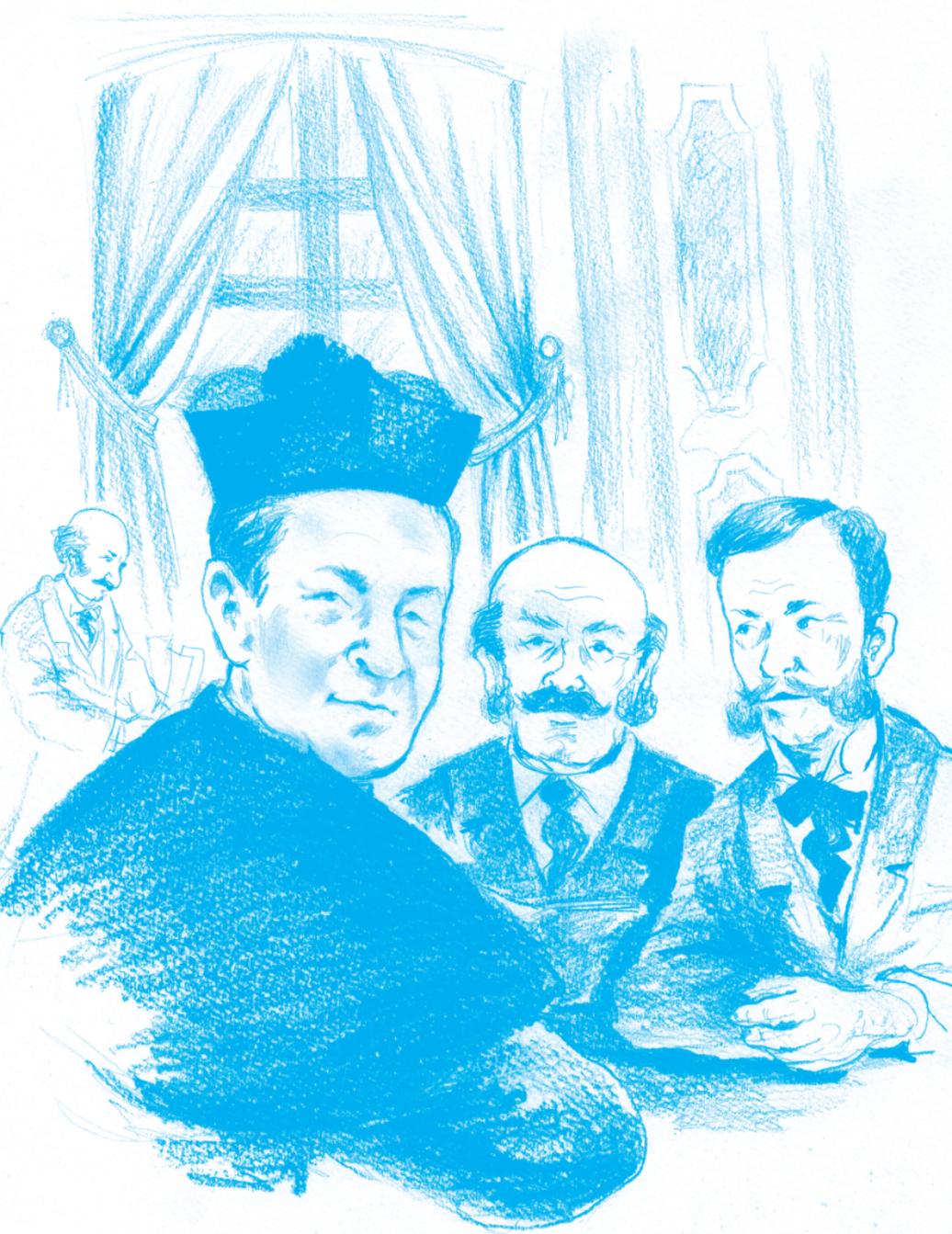
Bellísima y sobremanera deliciosa es la primera página de la historia del humano linaje. El drama del paraíso empieza por los jardines del empíreo y termina por los zarzales de la tierra. Adán, sacado de la nada, se mira, de repente, circundado de los encantos del Edén; mas, luego, siente hallarse sólo en medio de tanta hermosura, y, el Creador le da una compañera, resumen admirable de sus obras y conjunto prodigioso de todas las gracias. Adán y Eva pasaban vida de ángeles acariciados por Dios y disfrutando de los dones de una pródiga naturaleza. Nosotros hubiéramos sido herederos de tanta dicha; pero, ¡ay!, nuestros primeros padres delinquieron, quebrantando el único precepto que les impuso el Eterno, y ellos y su descendencia fueron arrojados a la amargura del valle de dolor. Todos los días, de todos los ángulos del mundo, entre desgarradores lamentos, se levantan acerbas imprecaciones contra la infausta debilidad de los primeros hombres; mas, ¿serán ellos los únicos que tal inculpación merezcan? ¿No se repetirá todos los días el terrible drama del paraíso? Veámoslo.

La existencia del hombre principia por la dichosísima edad de la inocencia. ¡Qué hermoso despertar el del

niño en brazos de la razón! Se mira, de repente, en medio de un paraíso, sin saber de dónde vino ni quién le trajo a tanta felicidad. Los años de la infancia transcurren como una ilusión dorada, durante la cual se sueña con ángeles, se juega con las estrellas y se ríe con las flores. Una nube que pasa, el iris que se cuelga en los espacios, un copo de espuma o un fragmento de cristal bastan para deleitar al niño y abismarle en las más dulces complacencias. Una paz sólida e imperturbable, resultado preciso de una completa ignorancia del mal, llena el espíritu de los suaves deliquios de los serafines. Dios habla a los pequeñitos cara a cara, a cada instante, en cada pestañada; se siente una vaga aspiración a los cielos, se mira un esplendor desconocido, y parece que se encuentra uno rodeado de los perfumes del incienso. Nada de este mundo nos preocupa, entonces, y paseamos llenos de alegría y de contento, entre umbrosas arboledas y mágicos pensiles, sin ambición de ser adulados por la fama, ceñidos de laureles, ni cercados de palacios ni riquezas: no hay más anhelo que cazar mariposas y pintados pajarillos, visitar las musgosas grutas de las selvas y bañarse en las ondas de las cristalinas corrientes. Las pasiones, esos tigres, leones y jabalíes; esas horribles fieras que al andar de la vida

despedazan, furiosas, a la humanidad, en la edad de la inocencia son tímidos corderillos, que se dejan atar con un cabello y que nos acarician, lamen, y juegan postradas sumisas a nuestras plantas. En suma, el niño es un Adán en medio del Edén.

Pero la adolescencia se ha adelantado y el hombre frisa ya con los dieciséis años; sus formas indecisas y casi femeniles hasta ahora, pierden poco a poco su graciosa morbidez y flexibilidad, y principian a pronunciarse los angulosos perfiles del rostro varonil. El niño, hasta entonces bullicioso y juguetón, va poniéndose meditabundo y serio y empieza a sentirse solo y a desear algo que no sabe qué es pero que le hace falta. De repente, una noche se le aparece en sueños una visión; es una sílfide vaporosa, como las nieblas de las mañanas, vaga y transparente como el primer rayo de la alborada: hechicera y linda como la estrella de la tarde, dulce y cariñosa como un beso maternal. El adolescente la quiere detener a su lado, pero la sílfide se escapa y desvanece, y él se queda triste y más solo que nunca. Es joven ya; un negro bozo sombrea sus labios, como una obscura nubecilla que ondea entre las rosas de la aurora; y, este joven, al despertar del sueño, experimenta que algo, como un pedazo de hueso le falta de



*M*atovelle fundó una Academia de Derecho Público para dilucidar tópicos políticos que en esa época estaban en boga, y aun ahora, como la libertad de cultos, de conciencia, de imprenta, la soberanía del pueblo, entre otros. Eh aquí en las lides de la disertación.



lado de su pecho; el corazón le late con extraordinaria violencia, parece que quisiera lanzarse por una ventana recientemente abierta: es que Dios ha arrancado una costilla de Adán para formar a la mujer. El horno se ha encendido, y la fuerza de la llama ha hecho saltar en pedazos y convertida en ascuas, la puerta de la entrada. El joven, desde entonces, aumenta más y más en inquietud buscando ese algo que cree va encontrar a cada paso y que no sabe con fijeza lo que es: ya no le placen las flores, ni las aves y sintiéndose incompleto ansía por hallar el pedazo de corazón que le ha sido arrancado mientras dormía.

Mas, he aquí que, de improviso, al doblar una esquina, al salir de un templo, al entrar a un salón, en una gira de campo, en casa de un amigo, en el huerto de un pariente, se sorprende el joven, al ver, como por encanto, realizada y encarnada la sílfide de sus sueños; nadie le ha dicho todavía, quién es, ni cómo se nombra, tal vez la ha visto antes y no se acuerda, cuando grita en el interior de su pecho una voz que dice: “esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos”. Ella es, en efecto, la otra mitad de su ser, ella es la que buscaba, ella el pedazo de corazón que le fue arrancado. ¿Cómo describir la primera entrevista de Adán y Eva? Eso lo supo decir

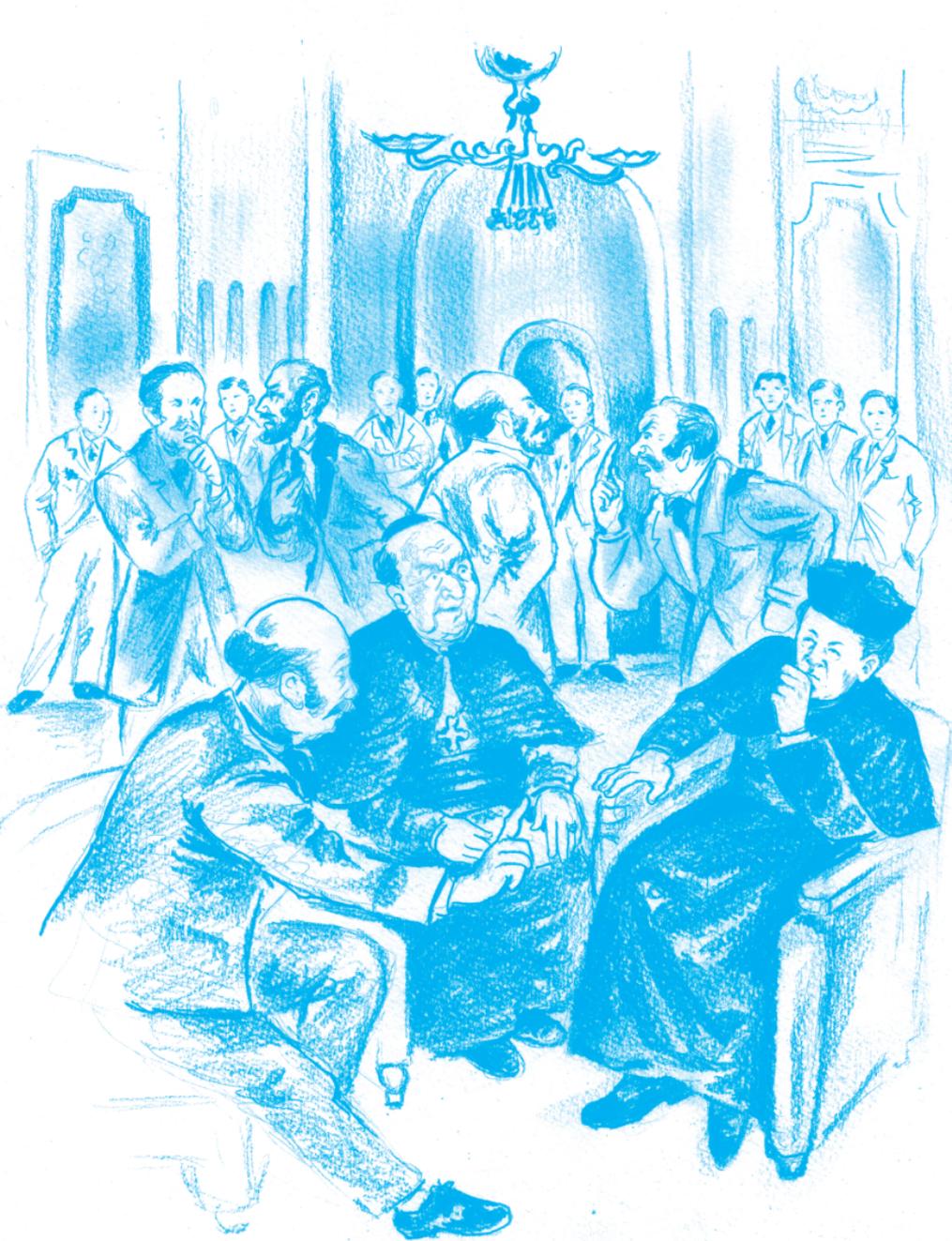
Milton que aprendió a hablar el lenguaje de los ángeles. En las hermosas mañanas de verano, cuando el cielo se ostenta opalino y terso, como la límpida superficie de un lago, modesta y esplendorosa titila hacia el oriente la tímida estrella matutina; más sale, de pronto, el sol y ella se disipa y él se torna cómo de oro fundido, avergonzado y gozoso de encontrar, a la amante que buscaba. Ved aquí una imagen de esa primera entrevista que supo dibujar tan bien el ciego vate de Albión. El joven y la joven, se miran, pero, con la celeridad del relámpago e inmediatamente, ella baja pudorosa los negros y rasgados ojos, y él levanta hacia el cielo: dos botones de rosa despliegan sus capullos de púrpura en las mejillas de ella y dos mariposas de oro se posan en el rostro de él. Ni uno ni otro han desplegado los labios, y, con todo, en esa mirada de un segundo, se han contado, recíprocamente, sus ojos un idilio tan hermoso como el Cantar de los Cantares; no han pronunciado una palabra, y los mismos ojos, mensajeros del alma, han celebrado pacto, y él ha dicho: “tú eres mía”; y ella ha contestado: “tú eres mío”. Que pareja tan hermosa, se dicen interiormente los que contemplan a los dos jóvenes; ella más pura y más sensible y casta y encantadora que la primera ilusión de la niñez; él más orgulloso, gallardo y

altivo que un levantado ramo de jazmines aromáticos, brotado en medio de un cafetal en ciernes.

Adán y Eva se han encontrado por fin. El paraíso de la vida es ahora más delicioso que nunca. La juventud, en su florecencia, es más seductora que un prado de arirumbas y lirios en las mañanas de mayo: la naturaleza misma parece que sonrío complacida a esos ángeles de candor que se aduermen, como narcotizados por el suavísimo aroma de las primeras impresiones. El y ella se vieron una vez y no vuelven a separarse ya: en casa, en medio del hogar, en el templo, al fervor de la oración, en el campo, en las meditaciones, en el estudio, va él acompañado de su Eva; pero qué Eva tan hermosa y tan pura: no era mejor la que acariciaba Adán. Quién haya leído las *Memorias de Ultratumba*, del cisne Chateaubriand, comprenderá los raptos, coloquios y ternezas de esta delicada pareja. En América, como en África, la flor de la datilera ama a la flor de la datilera; y sin embargo las palmas que las ostentan se levantan la una a grandísima distancia de la otra, allá, entre apartadísimos bosques y en dos remotos oasis: jamás se han visto las dos amantes flores, la brisa confidente de sus secretos es la única que ofrenda a la una el polvo de oro de la otra y los aromas de ésta a aquélla;

y sin embargo se quieren tanto las dos, que sin verse ni conocerse se estremecen y se agitan, temblorosos, en ocasiones. Así esta delicada pareja: esta Eva, no es la Eva mortal todavía, sino el ideal de la mujer; se la ama con amor platónico, se la ve con los ojos del alma, se la adora y no se la palpa. Al despertar, es el ángel que vela a la cabecera del lecho, en el campo, la náyade que se oculta en el cáliz de una azucena, en el río, la ondina que se evapora de la espuma, en la oración, la Beatriz que guía al empero, de noche, la Psiquis que se desvanece en un rayo de luz. Se la ama, pero con respeto, se la habla, pero en medio de querubines; es una compañera que no abandona, pero que no toca; Dios va en medio de los dos, conversando entre las glorietas del Edén. Las ilusiones del niño no han desaparecido aún, son los celajes que contornean el firmamento bañado en la luz del mediodía. Esto es: Adán y Eva in paradiso voluptatis.

Pero, en la mitad de este jardín de delicias, hay un árbol que es prohibido tocar. Dijo Dios a Adán: “Comerás del fruto de todos los árboles del paraíso, más del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque, en el día que comiereis de él, infaliblemente morirás”. La inocencia es una dichosa ignorancia del



En las tertulias de la Cuenca romántica, Matovelle permanece firme en sus posiciones, acomete y se defiende sin aturdimiento, pero siempre con el coraje que otorga la verdad.



pecado y una intuición sublime de todo lo bueno; mas, en medio de este paraíso de la infancia y la juventud, se levanta la tentación de la carne, como otro árbol de fruto prohibido; en los ensueños del niño, y en las ilusiones del joven, se la divisa como una sombra de muerte al través de la frondosa arboleda: el diablo de la malicia incitaba muchas veces, a Adán, a quebrantar el ineludible precepto; pero Adán se acongojaba de sólo pensarlo.

Pero, un día, la insensata curiosidad y el necio orgullo hicieron que Eva, seducida por la serpiente, se acercara al árbol prohibido con su complaciente esposo; y Adán y Eva comieron el envenenado fruto del mal: y al comerlo esos dos seres tan castos y celestiales antes, tuvieron vergüenza por primera vez; es que se vieron ambos cubiertos de materia y esta avergüenza el alma que es puro espíritu. El cristal limpio y transparente, al caer en un lodo, no deja de ser cristal, pero la luz no vuelve ya a pasar por él, bañándolo de sus resplandores; y es entonces, que se ve que el cristal es materia, cuando está caído en el cieno. Adán y Eva, mutuamente, se avergonzaron y corrieron a cubrir su desnudez con hojas de higuera; más viene entonces la voz del Señor que les grita: “¡Adán, Adán, dónde estás!” Y éste ya muy lejos, allá entre el follaje de los árboles, contes-

ta: “He oído tu voz, pero avergonzado de mi materia me he escondido de tu vista”. El Señor reconviene a Adán, Adán culpa a su compañera y ambos salen desterrados del paraíso, porque dejaron de ser espíritus.

Ved ahora: ese joven y esa joven, ayer tan contentos, tan bulliciosos, ahora, al día siguiente de la noche de bodas, tan abatidos y avergonzados; son Adán y Eva, expulsados del paraíso. Fugó la inocencia, volaron las ilusiones y se presentó de lleno la amarga realidad. El varón tiene que ganar la vida con el sudor de su rostro, la mujer que llorar con los tormentos del parto y, ambos, que convertirse en ceniza. Pasó la frescura de la mañana y han venido los calores de la tarde: ahora es el bregar con las borrascas y el abrir, jadeando, los duros senos de la avara tierra. Las lágrimas se agolpan a los ojos en tempestades, los trabajos acometen en tropel. La hermosura de Eva se marchitó y el gallardo Adán es una palmera encorvada por los huracanes. Los cuarenta años arrugan con su enorme peso las mejillas de los dos; y Caín y Abel juegan a las puertas de la cabaña.

Y, cuando la prosa del matrimonio desvanece la poesía de la juventud; cuando los zarzales de la vida sofocan los pensiles de la adolescencia; al opaco brillo de las

estrellas, al suave calor de los chispeantes sarmientos que arden en medio del hogar, recuerdan los dos ancianos esposos, entre prolongados suspiros, las gratas fruiciones de la infancia. Bastante lejos de Dios, no muy distante del sepulcro, la imagen de la pasada inocencia se muestra ondeando entre las estrellas; el anciano baja, entonces, la vista a su corazón, y, en él, no encuentra sino el nido vacío del canario que voló. ¡Ah!, los recuerdos son el débil aroma que despide la agostada flor.

La pureza es un hada, que, si se va, no vuelve: felices los que durmiéndose en sus brazos, van a despertarse en los de Dios. ¡Oh!, que los hombres se quedaran de ángeles; pero la carne arrastra a la carne, y el polvo que sube en alas de los vientos, al fin desciende a la tierra. El que no se aleja de Dios, no se siente solo y no necesita de compañera; almas hay, que al morir no dejan cenizas, sino que, como el incienso, se reducen a niebla aromática: felices los que no se convierten en carne. ¡Ay, de los que dejan el cielo para morar en la tierra! El alma, que es un ángel, pliega entonces sus alas, recoge su cándida vestidura y empieza a andar por los marjales de la vida, dejando aquí y allá, girones de su manto de armiño; y cuando se llega a las puertas de la

tumba, la yerta crisálida queda en el lodo y la dorada mariposa sube a los cielos.

He aquí el Génesis de todos los hijos de Adán. Una mujer es siempre la que arroja al hombre del paraíso de la inocencia; pero en cambio, es ella la que le da la mano en las cambroneras de la vida. Dejemos, pues, de culpar a Adán: su pecado es nuestro; el drama del Edén se representa todos los días, en el globo. Del polvo vivimos, a él hemos de volver; procuremos que el alma, ángel de los cielos, torne, al morir, al seno de Dios, del cual ha salido.

Dr. Dn. Julio María Matovelle.

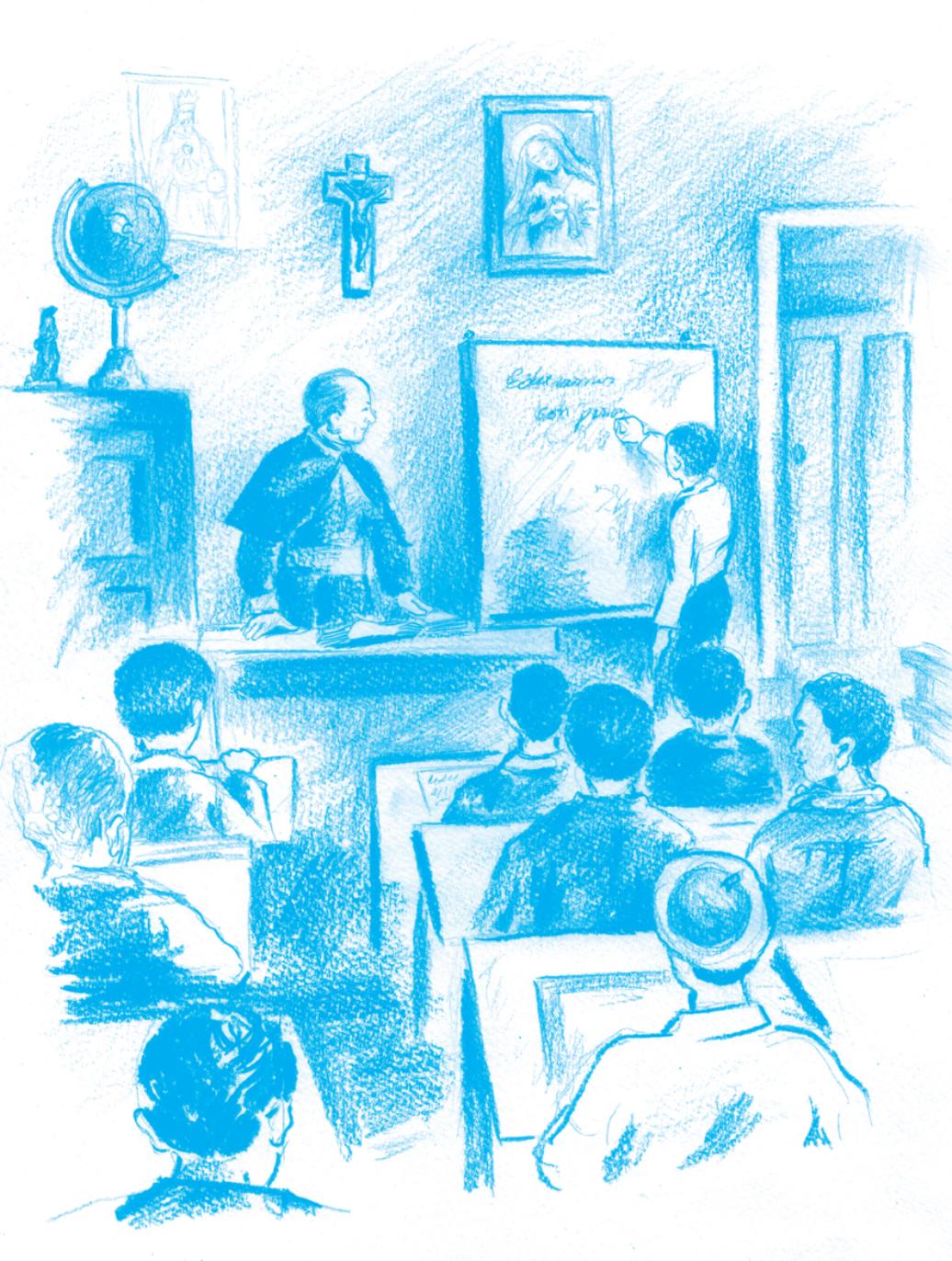


LA PERFECTIBILIDAD FÍSICA DEL HOMBRE

El rey de la creación, la obra maestra de Dios, es el hombre; él fue puesto en el Edén, para ser el dominador, el pontífice y el centro de los demás seres; el universo todo no es más que el palacio de este sublime monarca. Después que, al fiat omnipotente, se formaron los astros y las plantas, los mares y las montañas, las aves y los cuadrúpedos, tomó el Hacedor Supremo en sus manos un poco de barro y lo modeló admirablemente, para que fuese el ara santa, en la que había de arder deslumbrante la excelsa luz del pensamiento, chispa escapada de la soberana inteligencia. Y ved aquí, cuán bello, imponente y majestuoso se eleva el hombre en medio de sus rendidos vasallos. Su gallarda figura revela su celeste origen, airoso y recta, arranca de la tierra como llama que sube al firmamento. Un célebre escritor francés le pinta de esta manera: “El rostro del hombre, dice, es el ideal supremo de la belleza: su frente como aurora que nace refleja la majestad del pensamiento; el cerebro, más grande que el de todo otro animal, duerme abrigado y recogido bajo la bóveda del cráneo; la niña del ojo, que es la estrella de la mirada, irradia, desde el

fondo del arco de las cejas, apacible claridad; la oreja abre al aire libre, de cada lado de la cabeza, su concha armoniosa, modelada para las ondas sonoras, como la bahía un la ribera, para las olas del mar; la nariz inclina al suelo su copa, para aspirar al paso todos los perfumes; el pliegue del labio ondula en agraciadas curvas, como arco suelto y movable, dispuesto siempre a lanzar la palabra; la cabellera flota al viento esparcida sobre la espalda, en señal de fuerza, como la melena del león; todos los colores del iris se posan en su rostro en suave gradación: la rosa de las mejillas y la nieve de la frente, el azul celeste del ojo y el oro de los cabellos”. Así debía ser, en efecto, porque el hombre es la síntesis suprema de la creación; en él, como en un tálamo nupcial, se han dado un abrazo de amor el ángel de los cielos y la materia de este mundo, arreglada como en vistoso ramillete.

Pero Dios, en su infinita sabiduría, nada estableció en el hombre de modo absoluto, sino que todo lo sujetó a la imperiosa ley del trabajo; de tal suerte, que las más sublimes dotes de inteligencia y de cuerpo, son susceptibles de perfeccionamiento, y morirían en germen, si una continua labor no viniera a darles el desarrollo conveniente. Los más de los animales, apenas nacen, ya pueden valerse a sí mismos; más el



Como Cura de Azogues establece la escuela de varones del Corazón Inmaculado de María, que funciona desde el 10 de noviembre de 1889 hasta comienzos del año escolar de 1892, en que la entrega a los Hermanos Cristianos para hacerse cargo de otro centro de enseñanza, el Colegio de Estudios Secundarios de San Francisco de Asís en la misma ciudad de Azogues, creado por el Congreso a su pedido e influencia como diputado.



hombre cuando niño, es el ente más miserable y débil de toda la creación; y ¡oh!, cuánto tiene que hacer una madre, porque ande y viva esa delicada criatura que no sabe más que llorar, porque esto es lo único que no se necesita aprender. Y si no fuera por la madre y si no fuera por los maestros, se apagaría la luz de la inteligencia, se enervarían las fuerzas, y el rey de la creación quedaría más abajo que los brutos. La educación es la que forma al hombre, y, con ella, no hay ser alguno que nos pueda igualar, ni en agilidad, ni en fuerza, ni en viveza. Lo que tratamos pues, de probar aquí, es la perfectibilidad física del hombre, esto es, le manifestar con algunos ejemplos, que no hay en nosotros facultad física que no pueda ser educada, ni cualidad que, con su desarrollo, no exceda en perfección a cuantos prodigios se cuentan, en esta materia, de ciertos animales. No hablamos aquí de la inteligencia, porque su nobleza y dignidad son cosa puesta fuera de duda, y la civilización actual ha llegado hasta el delirio de adorar a la razón como a diosa.

Principiando por la forma humana, es sabido que no existe cosa más admirable y perfecta en el universo material que nuestro organismo, cuya sublime disposición ha dejado absortos a los fisiólogos, admirando la infinita

sabiduría del que tal obra hizo. El cuerpo del hombre es un mundo en pequeño, es el compendio de cuantos seres existen en el reino animal, vegetal y mineral; todo de una manera eminente y prodigiosa. Mas, esta misma forma tan gallarda y magnífica, es susceptible de perfección; es cosa sabida, que el exterior de una persona es el reflejo de su alma, y que la hermosura del rostro, es indicio de cualidades nobles y elevadas de espíritu. Las razas más bellas han sido siempre las más ilustradas. Grecia, el pueblo sabio de que hace mención la historia, fue la que dio los inimitables modelos a la estatuaría: nación idólatra de la hermosura plástica, que por estar adornada de ella, levantó templos a Felipe de Crotona: que abrió certámenes de belleza para uno y otro sexo, y que en los juegos públicos adjudicaba un premio al beso más melodiosamente dado. ¿Ni cómo había de ser si es el cuerpo el tabernáculo de la inteligencia, y, mientras más grande es el rey, más rico debe ser su trono?

Fijándonos, ahora, en las demás cualidades de nuestro organismo, observaremos que cada una de éstas, bien ejercitada, deja muy atrás a la fuerza del león y a la agilidad de la ardilla, y a la industria del castor y a la perspicacia del lince. Principiando por la fuerza y agili-

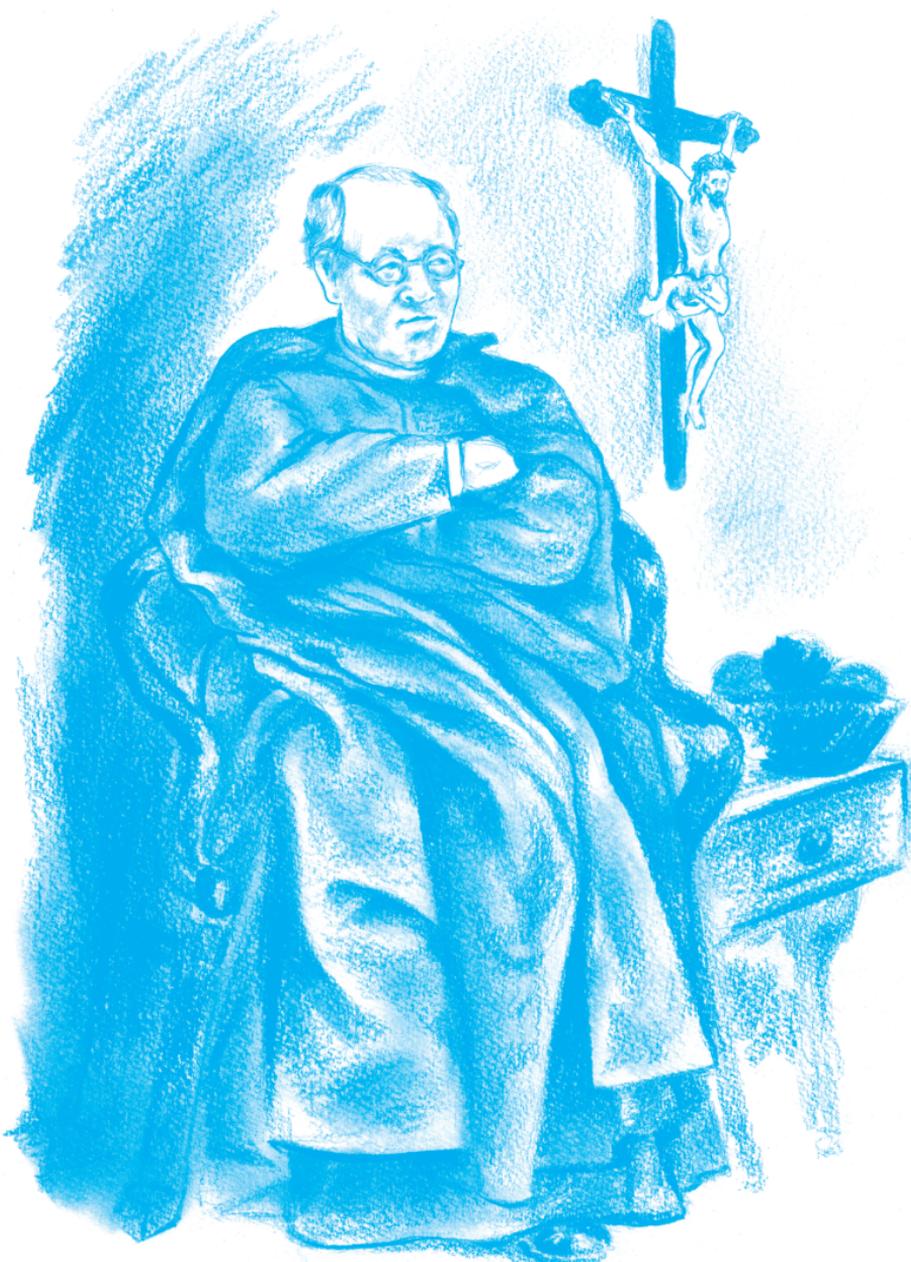
dad, citaremos lo que a este respecto se dice en el “*Museo pintoresco de la Historia natural*” del Sr. Chao, en la pág. 37 del tom. 1º: “Sin embargo de ser el cuerpo del hombre en lo exterior más delicado que el de cualquiera de los animales, es más nervioso y acaso más fuerte, proporcionalmente a su volumen, que el de los animales más robustos. Pues, si queremos comparar la fuerza del león con la del hombre, debemos considerar que estando aquel animal armado de garras y de dientes, nos formamos una idea errada de sus fuerzas, por atribuir a éstas, lo que sólo pertenece a sus armas, y que las dadas al hombre por la naturaleza no son ofensivas... Aseguran que los mozos de cordel o palanquines de Constantinopla, cargan fardos de novecientas libras de peso; en un experimento de Mr. Desaguliers, relativa a la fuerza del hombre, que consiste en un arnés, por cuyo medio distribuía en todas las partes del cuerpo del hombre, puesto en pie, cierto número de pesos, de suerte que cada parte del cuerpo cargase todo lo que podía cargar, relativamente a las demás partes, y que no había parte alguna sin su carga competente, resultó que por medio de esta máquina cargaba un hombre dos mil libras, sin que el peso le agobiase. Si se compara esta carga con la que, a volúmenes iguales, debe llevar

un caballo, resultará que, teniendo el cuerpo de este animal seis o siete veces más volumen que el de un hombre, se podrían cargar a un caballo doce o catorce mil libras, cuyo peso sería enorme en comparación del que hacemos cargar a este animal, aun distribuyendo el peso de la carga lo más ventajosamente posible. Hablando de la ligereza de que es capaz el hombre, dice a continuación: Los hombres que se han ejercitado en la carrera, se adelantan a los caballos o, a lo menos, sostienen mucho más tiempo este movimiento, y, aún, en ejercicio más moderado, un hombre acostumbrado a caminar, caminará cada día más que un caballo; y, si solamente hace el mismo camino o jornada, cuando haya caminado el número de días necesarios para que el caballo esté rendido, se halla todavía en estado de continuar su camino sin incomodidad. Los Chaters o volantes de Yspahan, que son corredores de profesión, caminan treinta y seis leguas en catorce o quince horas. Los viajeros aseguran que los Hotentotes se adelantan a los leones en la carrera, y que los salvajes que van a la caza del alce o granbestia, persiguen a estos animales que en ligereza exceden a los ciervos, con tanta velocidad que los alcanzan y cogen. Otros mil prodigios refieren de los salvajes en la carrera, y de los grandes

viajes que emprenden y concluyen, a pie, por montañas escarpadas y por los terrenos más escabrosos, en que no hay camino ni senda, dando por cosa segura que estos hombres hacen viajes de mil y aún de mil doscientas leguas, en menos de seis semanas o de dos meses”. A esto añadiremos algunos casos singulares que traen los historiadores, para probar el punto casi increíble a que pueda llegar la fuerza muscular humana. Plinio refiere que ha visto entrar en la escena a un cierto Athanato, hombre muy jactancioso, vestido con cincuenta corazas de plomo, y calzado unos coturnos de peso de quinientas libras (Libro VIII cap. XX). Del emperador Cómodo, narra Cantú (Hist. Univ. tom. 2º, cap. VI), “que mató en el circo, en una sola ocasión, cien leones, de un flechazo cada uno, que pasó de parte a parte a un elefante con una lanza (siendo sabido que es tan dura la piel de este animal que resiste aún a las balas), y que, en setecientos treinta y cinco veces que combatió con gladiadores, en ninguna fue vencido, sin embargo de que escogía los más esforzados y robustos”. Así se explican también esas estupendas obras de la antigüedad, conocidas con el nombre de construcciones pelásgicas y ciclópeas; la mente se abisma considerando, cómo se hayan podido suspender, en el aire, enormes

peñascos y rocas, sin el auxilio de las máquinas que ahora poseemos; y, aunque es verdad que en las primeras edades del mundo parece que existieron ciertas razas de colosal estatura y desmedida fuerza, con todo, es de creer que lo que era natural lo perfeccionaron con un continuo ejercicio. La fábula de los titanes, es la alegoría de los milagros producidos por la fuerza perfeccionada del hombre.

Nuestro asombro se aumentará, si pasamos a ver el grado de perfección a que pueden llegar los demás sentidos. Lo que los viajeros nos cuentan de la vista y oído de ciertos salvajes, supera a cuantas maravillas se refieren, en esta materia, de los animales. Chataubriand en su Viaje a América, hablando del modo de guerrear de los indios del Norte, dice en la página 92, “Cuando se avanza en la comarca a cuyo suelo se lleva la guerra, se marcha sin plan, sin precaución y sin temor, siendo generalmente la casualidad la que anuncia la presencia del enemigo; en este caso, un cazador da apresuradamente el aviso de que ha visto pisadas de hombre impresas en la tierra. Oído esto, inmediatamente se manda cesar todo trabajo, con el objeto de que no se perciba el menor ruido. El jefe parte con los guerreros más experimentados a reconocer las huellas, y



La guerra a la enseñanza religiosa avanza cada día más, y en 1906 se legaliza el laicismo con la nueva venida de Alfaro al poder después de la Batalla de Chasqui y la publicación de la nueva Ley de instrucción Pública. Sin embargo, Matovelle ordenó a Oblatos y a Oblatas permanecer firmes en sus instituciones con la enseñanza de la fe cristiana y los valores.



hay salvajes que oyen los sonidos a distancias infinitas, reconocen las pisadas en los áridos brezos, o en las desnudas rocas, donde otro ojo que el suyo nada advertiría. No sólo descubren aquellos vestigios, sino que pueden decir qué tribu los ha dejado y cuánto tiempo ha; si los guerreros son jóvenes o ancianos, si han ido despacio o de prisa, y cuántos días u horas hace que ha quedado impresa la huella... Bien reconocidas las huellas, los indios aplican el oído a la tierra y juzgan, por murmullos, imperceptibles al oído europeo, la distancia a que se encuentra el enemigo”. Esto por lo que hace a los alcances del oído; que, en cuanto a la delicadeza a que puede llegar, es cosa más digna de admiración. Recuerdo haber leído, no sé en dónde, que, dirigiendo, un célebre maestro italiano, una orquesta de más de cien instrumentos, llegó a advertir que un músico tenía mal templada la cuerda de su violín; vulgares son a este respecto las hazañas del célebre Paganini y es tal en algunos la afición que profesan a la música, que tienen con ella cierta simpatía orgánica, habiendo muchos que se despiertan, súbitamente, de su profundo sueño, al más tenue sonido inarmónico. El P. Feijoó refiere, en sus Cartas eruditas, haberse sanado muchos con la música, de enfermedades desesperadas. El malogrado

Dotnizet, que llegó a verse muy temprano en una casa de locos, una vez que tocaban el renombrado septetto de su *Lucía*, recobró por un momento la razón perdida y dijo suspirando: “¡Pobre Dotnizet: cuán pronto se apagó tu gloria!

El tacto es susceptible también de gran perfeccionamiento. Lo que se cuenta de los sibaritas, que tenían tal delicadeza en este sentido, que uno de ellos pasó insomne, una noche por haberse doblado bajo las sábanas un pétalo de rosa, es algo más que una anécdota; nadie ignora que hay ciegos, a nativitate, que por sólo el tacto distinguen los colores de los objetos. En cuanto al olfato, para no alargarnos mucho, diremos, solamente, que los árabes del desierto tienen narices tan adecuadas, que adivinan, a leguas, el paso de las caravanas. De nuestros salvajes del Marañón se dice también, que tienen un olfato que excede a la perspicacia de los perros, pues, por medio de él, persiguen a sus enemigos y los descubren y toman en sus más ignorados escondites. Por lo que hace al gusto, aunque es el más bajo de todos los sentidos y bien quisiéramos no ocuparnos en él, sin embargo, no le dejaremos sin su parte, poniendo, por ejemplo de su perfectibilidad, a los catadores de vinos y a esos glotones romanos del tiempo de Nerón y

Vitelio, que advertían la más leve diferencia de los guisos, que se servían comidas de las cuales un solo plato costaba muchas veces de diez a doce mil sextercios, y que apenas hallaban placer en devorar viandas hechas de lenguas de cisnes y ruiseñores, de sesos de faisán, hígados de escarabajo y leche de lamprea. ¡La gula tiene también su refinamiento!

No menos admirable y más útil que todo esto, es la destreza que adquieren ciertos individuos, para servirse de la mano izquierda y aún de los pies, con la misma facilidad con que usan todos la derecha. **No hay cosa que no esté sujeta, en el hombre, al hábito y a la educación**, y, por falta de ésta, nos quedamos sin saber utilizar algunos miembros que no nos han sido dados en vano por el Supremo Hacedor, pero que nosotros, por pura desidia, los hemos convertido en instrumentos inútiles. En el Indostán hay tejedores de seda y otros géneros que se bastan por dos y tres operarios de los nuestros, y es que, desde niños, aprendieron a usarse de la izquierda y aún de los pies con la misma facilidad que de la derecha. Se cuenta de varios individuos, que escribían con los pies, como el mejor calígrafo; y para no recargar de ejemplos, recordaremos, aquí, a aquel manco que se presentó en la última exposición de

Chile, ejecutando hermosísimas piezas de violín, con los pies, como lo hacen otros con las manos. Por esto se verá, pues, de cuanta perfección es susceptible, no solamente cada uno de nuestros sentidos, sino hasta el más insignificante miembro del cuerpo humano, como es un dedo del pie. En cuanto a la agilidad de los movimientos, hay hombres que dejan con ellos muy atrás a las ardillas y los monos: sería inútil citar hechos en la materia, pues creemos que no habrá uno solo de nuestros lectores, que no haya admirado algunos prodigios de prestidigitación y no haya aplaudido a algún insigne acróbata en el baile de la cuerda o en las hazañas del trapecio; hazañas que hacen dudar entre si nuestro cuerpo es de carne o de caucho. De paso, diremos que siempre nos ha parecido algo bárbaro eso de divertirse contemplando a un hombre en lucha con la muerte y los abismos: es cosa más para horripilarse que para reír, eso de ver a un individuo suspendido a inmensa altura, y en posición tal, que el más pequeño descuido le puede dejar reducido a átomos. Más cultos son esos juegos de pantomima, en que la acción sustituye a la palabra, en que se sostienen largas conversaciones sin necesidad de abrir una sola vez los labios. En las escuelas de sordomudos, fundadas por el inmortal abate

L' Epee y mejoradas por el no menos célebre, abate Sicard, se enseña a estos un idioma todo de acción; y es tal la perfección a que se ha llegado en esto, que hay sordomudos que expresan sus ideas con simples movimientos, con la misma rapidez que otros lo hacen con la palabra. No hace mucho que daban cuenta los periódicos, de una función habida en París, donde un sordomudo gesticuló tan elocuentemente, que hizo derramar abundantes lágrimas al concurso de sordomudos que le atendía. En el *Universo Pintoresco*, se lee que hay en Persia ciertos narradores de cuentos, que divierten al pueblo contándoles historietas, con tal gracia, que uno sólo representa el más complicado drama; de tal suerte que, sólo con fijarse en la acción, queda uno inteligenciado de la narración, aunque ignore la lengua persa; como se dice haber acontecido a un viajero europeo. Hablemos ahora de esas otras facultades del hombre, que, aunque pertenecientes a su ser físico, están colocadas, digámoslo así, a los lindes del espíritu, por cuya causa determinan, de una manera incontestable, la superioridad de nuestro organismo sobre todas las demás especies animales. La voz humana, signo de nuestras ideas e instrumento armonioso del espíritu, tiene, lo mismo que éste, una escala indefinida de per-

fectibilidad. El lenguaje es el reflejo de la cultura de los pueblos; y así, las tribus salvajes, sumidas en vergonzosa estupidez, se valen de monosílabos ya agudos y sibilantes, como el chirrido de los pájaros de la selva, ya ásperos y roncós como los rugidos del león y el fragor de los mares; mientras que en las naciones cultas, el lenguaje es sonoro y musical; ahí está para probarlo, el griego entre los antiguos y el italiano, entre los modernos, que suenan con toda la suavidad y dulzura de una civilización avanzada. Pero donde la voz humana se muestra con todas sus galas y hechizos es en el canto: ya Cicerón había dicho, que ella es digna rival de la cítara; y Bernardino de Saint - Pierre manifiesta cómo el hombre, “con sola su voz, imita los silbidos, los gritos y, los cantos de los animales; ya volviendo sensible el aire, le hace suspirar en los caramillos, gemir en las flautas y amenazar en las trompetas; ya versátil y poderosa, anima, a su voluntad, el bronce, el boj y las cañas”. Desde lo más antiguo, estaba reconocida y hasta divinizada la influencia de la voz; la mitología representaba la elocuencia, por un Hércules que con unas cadenillas de oro que le salían de la boca, arrastraba sin tirantez a un vigoroso león. ¿Quién no ha leído en la historia esos mil portentos verificados por los

CIENCIA VIRTUD EXPRESIÓN



La piedad de Matovelle corre pareja con su ciencia. Aun en público se arrodilla al toque del Ángelus al tiempo que mencionaba: “Un sacerdote sin oración y sin estudio es una amenaza para la Iglesia”.



oradores, las actrices y los cantores, únicamente con la magia de su voz? Citaremos dos hechos. Cuando, en las prescripciones de Mario, fueron unos sicarios a degollar al famoso orador Marco Antonio, éste, saliéndoles al encuentro, de tal manera les rechazó con su voz, que, arrojando los puñales, se pusieron a derramar lágrimas de compasión. En nuestros tiempos, la célebre actriz Mdlle. Desgarcins, debió a su voz la mayor parte de sus triunfos teatrales; apenas se había presentado en la escena y pronunciado algunas palabras, cuando ya todos los espectadores estaban conmovidos y extasiados; en cierta ocasión que unos malvados se introdujeron en su casa para asesinarla, con sólo oír hablar a la portentosa actriz, huyeron desarmados y llenos de vergüenza.

Aunque Descartes, Malebranche y Locke han dicho que la memoria consiste en ciertas impresiones orgánicas del cerebro y nada más, esta doctrina es poco admisible, en razón de su tendencia materialista; más razonable es la división que algunos filósofos indican, de *memoria de reflexión* y *memoria imaginativa*; entendiendo por la primera aquella que versa sobre ideas puramente espirituales y por la segunda la que tiene por objeto las impresiones sensibles o imaginativas; y, como la imagi-

nación se enumera entre las facultades que pertenecen al ser sensitivo del hombre, tócanos muy bien tratar, aquí, de la memoria imaginativa y del grado de educación de que es susceptible. La memoria es una facultad eminentemente perfectible; lo que fue muy sabido hasta por los antiguos, como lo prueba la mnemónica o arte de recordar, cuya invención se atribuye a Simónides. La experiencia nos enseña también que, con el estudio, se retiene más fácilmente lo aprendido, y, con la desidia se nos vuelve difícilísimo recordar el más pequeño párrafo. **El orden y el método son los dos más poderosos auxiliares de la memoria, cuya perfección consiste en dos cosas: en aprender con facilidad y recordar breve y puntualmente lo aprendido.** Muchísimos y casi increíbles prodigios se cuentan, en este asunto; en nuestros tiempos, Balmes y el P. Ventura han sido admirados como hombres de sorprendente memoria; ni es menos notable el cardenal Mezzofanti que sabía cómo treinta idiomas vivos con sus correspondientes dialectos. En la historia antigua es célebre el gran Mitrídates que sabía más de veinte lenguas, correspondientes a los cincuenta pueblos en que imperaba.

Omitiendo muchísimas cosas que no nos sería difícil apuntar aquí, citaremos solamente dos, uno de memo-

ria tópica, como la llaman algunos a la que se refiere al aspecto de cosas materiales, y otro de memoria verbal. Eugenio de Mirecourt, en la biografía del famoso Horacio Vernet, trae lo siguiente: “Dotado, dice, hablando del artista, de una memoria sorprendente, nada olvida de lo que una vez ha herido su mirada. Los menores detalles, las actitudes, los gestos, la figura de los hombres, las particularidades más minuciosas de un hecho, las circunstancias más fugitivas de una acción, todo se graba, se estereotipa, en cierta manera, en su cerebro; al cabo de veinte o treinta años, se acuerda de una forma, de un movimiento, de una actitud...Una mañana Horacio codeó al marqués de Pastoret en la esquina de Louvre. Esta lanza una exclamación de sorpresa. -¿Qué os habéis hecho, mi querido? No se os encuentra en parte alguna. Hace años que no os veía. ¿Llegáis por ventura de las Indias?, le preguntó el señor de Pastoret.-Os chanceáis, marqués, respondió Horacio, no hace seis meses que os estreché la mano.- ¡Vaya! estáis equivocado. ¿En dónde fue eso?- En el jardín de las Tullerías. Una Señora os daba el brazo. - Que me cuelguen, si no habéis soñado en ese encuentro, amigo Horacio... ¿Una Señora...?- ¡Sí, una señora muy bonita a fe mía! ¡Mirad, pero al hecho, yo puedo dibujáros! (Saca, en

efecto, una cartera, toma un lápiz, y echa aquí y allá rasgos rápidos sobre una hoja, la desprende y se la ofrece al marqués...) -¿Reconocéis a la dama?, le dice:

¡Eh, caramba, sí! esa es la duquesa de Victoria, exclamó el Sr. Pastoret. Yo la llevé efectivamente una tarde a su hotel de la esquina Voltaire, y atravesamos las Tullerías. ¿Cómo dibujáis, diablo de hombre, al cabo de seis meses, un rostro, un aire, un vestido que no habéis hecho más que entrever? Horacio, continúa el biógrafo, ha dibujado, no hace ocho meses, un paisaje que no había visto desde 1816 (es decir más de cuarenta años), en un viaje con el conde de Pontecoulant". El otro caso lo refiere el Sr. Cubí, en su sistema completo de frenología: "Se encuentran, dice, casos milagrosos de memoria verbal, yo he conocido varios... Walter Scott jamás se olvidaba de lo que una vez había oído. Cuenta Lockart, su biógrafo, que el caballero Hogg se le presentó, un día, con mucha pesadumbre, por haber perdido un poema que hacía aún tiempo lo había compuesto. Consólole Walter Scott diciéndole que creía poderle ser útil en recobrarlo y, en efecto, a pesar de que no lo había oído más que una sola vez en su vida, lo dictó entero a su mismo autor quien lo había olvidado". A esto añaden otras mil cualidades, propias únicamente

del cuerpo humano, como son el poder habitar en los más variados climas del mundo; el hombre es, verdaderamente, cosmopolita: no hay animal que pueda resistir como él, tanto los ardores del calcinado suelo del Maduré, como a los eternos hielos del Polo, donde parece que se ha puesto límite a toda vegetación y vida; según unos experimentos, que refiere Bouffon, el hombre puede resistir, sin mayor incomodidad, hasta el grado 120, y aún hasta el 150 de calor, y hasta el 13 bajo cero, en el termómetro Reaumur. También es admirable la resistencia que, a los venenos, puede oponer nuestro organismo, por el largo y gradual uso de ellos. Del ya citado Mitridates se narra, que, habiéndose acostumbrado desde niño a tomar ciertas sustancias, llegó a un punto, en que no temía la muerte por envenenamiento; y, en Inglaterra, hay ciertos individuos que usan, sin que les sobrevenga la muerte en el acto, una bebida compuesta de ron y ácido sulfúrico. Con razón, pues, se llama al hombre el rey de la creación; justamente es acatada su superioridad por todos los brutos; las fieras más temibles huyen despavoridas a su vista, y hasta los leones se doman con el poderoso magnetismo del ojo humano; en fin, tan perfecta y hermosa es esta hechura de Dios, que, con razón, se llama la obra maestra de las divinas manos.

Y no se vaya a creer que los diferentes prodigios que dejamos enumerados, sean todos el resultado de algunas naturalezas privilegiadas; esto, en verdad, tiene algo de cierto, pero estas mismas disposiciones naturales serían nada sin la educación, principal causa de casi todos los adelantos ya físicos o intelectuales, individuales o sociales. Y si no nos es dado admirar ahora todo el vigor, gallardía y soltura del cuerpo humano, es porque las razas modernas, principalmente la latina, se hallan enervadas por la corrupción y los placeres. Los frecuentes matrimonios entre consanguíneos y los vicios de los padres, son causa de esos mil defectos orgánicos que van pasando de generación en generación, como una terrible herencia. En los pueblos nuevos aún no corrompidos por una falsa civilización, en donde se admiran los portentos que dejamos referidos; las pesadas armaduras de la edad media, por ejemplo, dejan estupefacta a la presente, porque en ésta, el valor y la vida activa y sobria son un escándalo; ahora el lugar de conquistar laureles no es el campo de batalla, sino el espléndido salón de baile, donde no se aplaude y admira otra cosa que la gracia de las piruetas y la afeminación de los modales. Jovenzuelos imberbes y raquíuticos son ya veteranos en otra clase de combates que los



*H*abiendo sido nombrado miembro de la Real Academia de la Lengua, trabaja hasta el día de su muerte en el discurso para tomar posesión del cargo el 16 de octubre de 1929. La muerte lo sorprendió en tal suceso.



de las armas o de las ciencias; la languidez romántica y las convulsiones nerviosas son enfermedades de gran tono y que conquistan fácilmente la simpatía de las damas. Por otra parte, es muy de lamentar el modo descuidado con que se forman nuestros niños; poco o nada se hace para desarrollar sus fuerzas y vigorizar su organismo, apenas sí se les enseña a andar; y ya hemos visto que el hombre es un animal de costumbre y que la educación puede hacer de él un héroe o un bandido. Cuán de desearse es que la educación, que se da a nuestros jóvenes, fuese algo parecida, ya que no semejante, a la que se daba en la antigua Esparta; si los ejercicios gimnásticos y otros, juegos parecidos que robustecen al cuerpo y alientan el espíritu fueran las diversiones de nuestra juventud, no tendríamos que lamentar tanta precocidad en el vicio, y el gusano de la disolución no habría roído el tallo de las generaciones en flor; es por esto que se ha observado que en las poblaciones del campo hay menos enfermedades y más ancianos que en las grandes ciudades, centros de molición y perversión.

Nosce te ipsum, es una de las bellas máximas que nos ha dado la filosofía; conviene, pues, que conozcamos de cuanto es capaz el hombre, para que se busquen

y empleen los medios de su desarrollo y perfeccionamiento. Mas, conviene también advertir, que hay facultades físicas que medran en perjuicio de la inteligencia; así que, no debe procurarse el mejoramiento de nuestra parte física, siempre que sea en mengua del espíritu.

Terminaremos este humilde trabajo con uno de los más hermosos pensamientos de Pascal. “El hombre, dice el célebre filósofo, no es sino una caña la más quebradiza de la naturaleza, pero es una caña que piensa”. No es menester que se arme todo el universo para estrujarle. Un vapor, un sorbo de agua bastan para matarlo. Pero, aunque el universo lo estrujase, el hombre sería todavía más noble que quien le matase, porque sabría que muere; y el universo nada sabría, de si aventaja o no aventaja al hombre. Así que toda nuestra dignidad consiste en pensar: de esto nos hemos de preciar y no de la figura que hacemos o del tiempo que vivimos. Procuremos, pues, pensar bien. Ahí tenéis el principio de la moral filosófica.

Dr. Dn. Julio María Matovelle.



ISBN: 978-9942-8735-3-8



Oración por la pronta glorificación del Venerable P. Julio María Matovelle

Oh dulcísimo Jesús que os dignásteis elegir al Venerable Padre Julio María Matovelle para apóstol del reinado social de vuestro Divino Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os rogamos le glorifiquéis otorgándonos por su intercesión la gracia que os pedimos (petición) juntamente con vuestro amor y el reinado completo de vuestro Sacratísimo Corazón. Amén.



Si usted recibe un favor de Dios por intercesión del Venerable Padre Julio María Matovelle comuníquese:

ECUADOR: Quito: Casa Generalicia:
Venezuela N11-263 y Matovelle
Telfs.: 258 2646 – 228 6014
beatificacionmatovelle@gmail.com

COLOMBIA:
Bogotá: Calle 70A No. 7-63
Telf.: (0057) 24 93 414



@PadresOblatos



Misioneros Oblatos

www.oblatos.com

APP
PHYES

